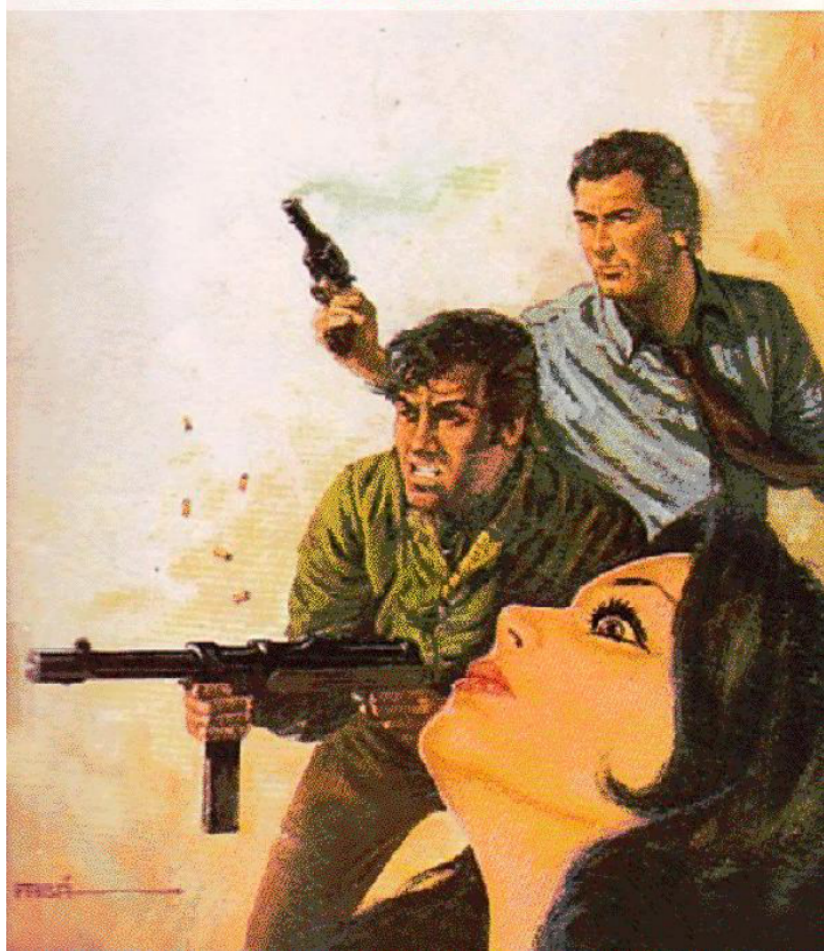


BOULEVARD BRILLANT
PUNTO
ROJO

i guerra o paz !

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



CLARK CARRADOS

GUERRA O PAZ

Colección **PUNTO ROJO** n.º 752
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 30.858 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1976

© Clark Carrados, 1976
texto

© Salvador Fabá, 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.497. — La mujer de piedra.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.361. — ¡Primer premio: muerte!

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

954. — Un jinete vestido de negro.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

748. — La venganza del ahorcado.

En Colección COLORADO:

973. — El rural, el bandido y la dama.

CAPÍTULO PRIMERO

El fiscal atacaba con dureza:

—En primer lugar, pero, sobre todo, ¿puede usted negar que disparó contra la víctima y le dio muerte?

—¡Claro que no! —contestó el acusado—. Jamás lo he negado, aunque siempre he sostenido...

—Limítese a contestar de un modo escueto a mi pregunta. Sí o no —atajó el fiscal vivazmente—. ¿Mató a Randolph Ryles?

—Sí. De todos modos, yo querría...

—Es suficiente.

—¡Un momento! —tronó el acusado—. Soy mi propio defensor y puedo objetar sus preguntas, aunque las conteste. Tengo pleno derecho a declarar que Ryles disparó contra mí, por dos veces, y antes de que yo lo hiciera mortalmente; y en esos dos disparos, logró sendos blancos en mi cuerpo. He pasado casi dos meses en el hospital. ¿No es esto más que suficiente para solicitar un veredicto de absolución por legítima defensa?

El fiscal sonrió desdeñosamente.

—No cabe duda de que, en parte, los hechos sucedieron tal como los describe el acusado —admitió, a la vez que se volvía hacia el estrado de jurados—. Pero reparen en los hechos: dos hombres se entrevistan, discuten, la discusión acaba subiendo de tono y salen las armas a relucir, la primera, naturalmente, la del acusado. La víctima, por pura lógica, saca también su pistola. El acusado dispara y hiere mortalmente a la víctima. Pero ésta tiene tiempo de hacer dos disparos, antes de derrumbarse al suelo. El acusado resulta herido, cosa que no se ha puesto en duda jamás... pero esas heridas no son sino consecuencia de una acción que intenta presentar como legítima defensa... ¡cuando la legítima defensa partió de la víctima, al verse atacada inopinadamente!

—¡Objeción! —gritó el acusado.

El fiscal se volvió en el acto.

—¿Objeta mis teorías, señor Chatterton? —preguntó, agresivo.

—Como defensor de mí mismo, formularé dos observaciones a sus palabras. Primero, usted no estaba presente en el teatro de los hechos; por tanto, los que ha pretendido presentar como hechos, no son sino simples elucubraciones, fantasías engendradas en su mente, sin una base real que las justifique. Y, segundo, usted mismo acaba de definir sus propias palabras, al darles el nombre de teorías.

—Son unas teorías probadas por los hechos y éstos dicen que usted mató a Ryles.

—Repito que jamás he pretendido negarlo —contestó el acusado—. Disparé contra él, porque Ryles ya había hecho fuego una vez.

—¿Tiene usted testigos del suceso?

—¿Y usted?

En la sala de justicia sonaron algunas risitas, que el juez que presidía la sesión cortó rápidamente con algunos golpes de mazo.

—Caballeros —dijo el juez con severidad—, aprecio que ambos se han entregado a un torneo dialéctico, que no proporciona demasiada luz al asunto que nos ocupa. Deben ceñirse escuetamente a los hechos, sin intentar la obtención de conclusiones que no se ajusten estrictamente a la realidad. Háganlo así, en bien de la justicia.

El fiscal se inclinó.

—Acepto la reprensión con humildad, Señoría —dijo—. Mi ardor por la defensa de una ley conculcada...

—Al grano, al grano —rezongó el juez, impaciente.

—Sí, Señoría. —El fiscal se volvió de nuevo hacia el jurado—. Bien, señoras y caballeros, ustedes conocen ya el tema que nos ha reunido aquí. Pero deben conocer también otras facetas del acusado, de quien está probado no es la primera vez que da muerte a una persona, aunque en la ocasión anterior, sí llegó a conseguir un veredicto de absolución, por legítima defensa.

»Miembros del jurado, el acusado, Rex Chatterton, es un peligro público. Fue herido por su víctima, sí; pero esas heridas fueron causadas por un hombre desesperado, que se veía al borde de la muerte, cosa que acaeció segundos después. El acusado atacó a la víctima con su pistola...»

—¡Eso no es cierto! —Sonó de pronto una voz en la sala,

causando la estupefacción de todos los circunstantes.

El fiscal se volvió hacia la persona que había hablado.

—Señor juez, solicito que la dama que me ha interrumpido sea expulsada de la sala —pidió con voz tonante.

—Alguacil, saque de aquí a esa mujer —ordenó el juez.

El hombre de uniforme que estaba en la puerta avanzó hacia la mujer. Pero ella no pareció inmutarse.

—Yo fui testigo de los hechos y vi a Ryles disparar primero y por dos veces contra el acusado —clamó a voz en cuello.

Chatterton no se sentía menos asombrado que el resto de los presentes en aquella sala. ¿De dónde había salido aquella hermosa mujer, lujosamente ataviada, que se empeñaba en defenderle de un modo tan obstinado?

Pero decidió aprovechar la ocasión y se puso en pie de un salto.

—¡Señoría, como defensor de mí mismo solicito el interrogatorio de la persona que desea declarar a mi favor! —clamó con voz tonante.

El alguacil se había detenido junto a la joven, ligeramente irresoluto. La mano del juez se alzó ligeramente.

—¿Tiene el fiscal alguna objeción que formular? —consultó.

—Sólo una, Señoría: si lo que dice la testigo es cierto, ¿por qué no se ha presentado antes?

—He estado ausente del país...

El mazo del juez golpeó la mesa con fuerza.

—Señora, pase al estrado de testigos —ordenó—. Heaven Falls es una población relativamente pequeña, pero, a pesar de todo, quiero que el juicio se desarrolle, no sólo de un modo imparcial, sino con las formalidades adecuadas.

La joven inclinó la cabeza ligeramente.

—Gracias, Señoría.

El alguacil puso una biblia ante la testigo. Ella juró. El fiscal se acercó inmediatamente.

—Diga su nombre y profesión, señora —pidió.

—Señorita —corrigió ella—. Me llamo Charlotte Crain.

—Pero no ha dicho su profesión.

—Por el momento no trabajo.

El fiscal la miró de pies a cabeza.

—Pielos caras, vestido elegante, un collar de perlas que parece

legítimo, medias de seda, zapatos de piel de cocodrilo, auténtica, estimo... ¿De dónde obtiene usted el dinero para comprar unos objetos tan caros, señorita Crain?

—No creo que eso tenga nada que ver con el asunto que se debate ante este tribunal —respondió ella vivamente—. De todos modos, si sospecha de mí, vaya a la policía; jamás me he visto mezclada en ningún asunto turbio.

—Al jurado le interesaría conocer su profesión...

—¡Al jurado le interesaría mucho más conocer sus declaraciones! —tronó Chatterton.

—El distinguido defensor tiene razón —intervino el juez—. Si lo estimo necesario, yo mismo obligaré a la testigo a que declare su profesión.

—No hace falta, señoría; salta a la vista —contestó el fiscal, sarcástico—. Bien, señorita Crain, empiece su declaración.

—Resido en el seiscientos veintidós de la calle Mainwer, planta doce, letra E. El edificio forma una L, con la rama mayor orientada hacia el este. En el interior del ángulo formado por esa L hay un espacio ajardinado...

—Eso ya lo sabemos, señorita. Limítese a los hechos —cortó el fiscal, algo nervioso, más que impaciente, observó Chatterton, quien, por su parte, se sentía sumamente desconcertado, ya que jamás había visto a aquella hermosa mujer.

—Bien, mi departamento, en la planta doce, repito, está muy cerca del vértice interior de dicho ángulo —continuó la testigo—. Yo estaba en mi dormitorio, tendida en la cama...

—¿Sola?

—¡Protesto de una insinuación calumniosa! —gritó Chatterton.

—Protesta admitida —dijo el juez—. Señor Beal, sírvase presentar sus excusas a la testigo.

—Señorita, le pido perdón —dijo el fiscal humildemente—. Prosiga, se lo ruego.

Charlotte le miró con desprecio.

—Puede que yo sea lo que insinúa —dijo—, pero sólo soy una particular, una persona privada, no un personaje público como usted, cuya fama todo el mundo conoce y no para elogiarla.

El delgado rostro de Beal se puso como la púrpura.

—¡Señor juez, ahora es la testigo quien me insulta! —gritó,

descompuestamente.

—Pero le pido perdón —dijo Charlotte rápidamente, en medio de la tempestad de carcajadas que habían levantado sus ácidas frases.

Al cabo de unos momentos, pudo continuar el juicio. Requerida por el fiscal, Charlotte dijo:

—Estaba en la cama, a oscuras, dada la hora. De pronto, oí voces descompuestas en el departamento de al lado, que se inicia en el mismo ángulo. Es decir, sus ventanas y las mías forman un ángulo y es preciso tener cuidado para que los vecinos no se vean unos a otros, dada la proximidad. Pero yo, atraída por aquellas voces, me puse en pie...

—Perdón, señorita Crain —dijo el fiscal—. ¿Se sentía enferma para hallarse en la cama, a oscuras, a las ocho y cuarto de la noche?

—Ciertamente, no, pero me había puesto una mascarilla relajante y debía llevarla durante una hora, en actitud de absoluto reposo. Sin embargo, las voces de los que discutían llamaron mi atención, aunque, en honor a la verdad, debo decir que no capté ninguna palabra que pudiera entender. Pero en aquella habitación, a menos de diez metros de la mía, sí había una luz encendida. Las cortinas estaban descorridas y yo podía ver perfectamente a los dos interlocutores. Uno de ellos sacó una pistola y disparó. El otro se tambaleó y sacó la suya. El primero hizo fuego de nuevo. Entonces, el otro contestó con un solo disparo. Luego, los dos cayeron al suelo y ya no pude verles más.

—¡Magnífico! —aprobó Beal—. Diga ahora cuál de los dos disparó primero.

—El muerto —respondió Charlotte sin vacilar—. No puedo equivocarme.

—¿Por qué, señorita Crain?

—Hombre, eran dos tipos muy diferentes. El acusado pasaba al muerto casi un palmo, aparte de que los rostros de ambos aparecían netamente diferenciados. Insisto en que el muerto disparó las dos veces, antes de recibir el balazo que le causó la muerte.

Beal pareció sentirse desconcertado.

—Nada más —dijo con voz opaca.

Los ojos del juez se posaron en Chatterton.

—¿Acusado?

Chatterton hizo un gesto negativo.

—No deseo hacer ninguna pregunta a la testigo —manifestó.

Chatterton y Charlotte se encontraron a la salida del tribunal. El acusado observó que ella rondaba los treinta años, lo cual no restaba un ápice a su esplendorosa belleza.

—Gracias, señorita Crain —dijo él—. Me ha salvado de un serio tropiezo..., aunque siento una terrible curiosidad por saber qué motivos la han impulsado a prestar un falso testimonio.

Había un brillo malicioso en los ojos de Charlotte.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—El departamento E está desocupado...

—Actualmente, porque vivo en otro sitio. Me mudó al día siguiente de los hechos. Puede comprobarlo, si no me cree.

—De todos modos, aquella noche no estaba usted allí.

—Lo admito.

—Entonces, ¿por qué ha mentido?

—¿Quiere saberlo, señor Chatterton?

—Se lo ruego.

—Quería librarle de un grave aprieto. Yo no dudo en absoluto que usted disparase en legítima defensa, pero no tenía ningún testigo. Por tanto, me presenté yo a declarar.

—Sí, pero ¿por qué?

Charlotte dejó de sonreír repentinamente.

—Randolph Ryles era un cerdo, pero no es a él a quien odio profundamente, sino a su hermano. ¿Ha oído hablar alguna vez de Nick Ryles?

Chatterton respingó.

—¡Demonios...!

—Es usted un buen detective privado y yo quería que lo pusieran en libertad, porque tengo que hacerle un encargo. Pero será mejor que venga a verme mañana, a las doce, a mi casa de Bellevue Park, doscientos noventa. Entonces hablaremos sin prisas y le diré con toda exactitud qué es lo que pretendo de usted.

Chatterton entornó los ojos.

—¿Ha tenido alguna relación con Ryles? —preguntó.

—Demasiada —contestó ella—. Por favor, venga a verme mañana, señor Chatterton.

—Lo haré, con una condición.

—¿Sí?

—Llámeme Rex.

Ella rió suavemente, a la vez que le tendía la mano, finamente enguantada.

—Los amigos me llaman Lottie —se despidió.

Charlotte subió a su automóvil, estacionado junto a la acera, y agitó una mano en señal de saludo, antes de arrancar. Chatterton quedó en el mismo sitio, con un cigarrillo colgado de los labios, sin encenderlo por el momento, mientras contemplaba a la hermosa mujer que se alejaba con rapidez.

¿Qué motivos habían impulsado a Charlotte para testificar en su favor? Ciertamente, sin su declaración, podría haberse visto en un compromiso muy serio, pero, si su fama no era demasiado buena, como había dicho el fiscal, la de éste era aún peor, y el jurado había oído hablar también mucho, y nunca en buen sentido, del muerto.

Por tanto, el veredicto había sido de absolución.

Chatterton se sentía satisfecho de la sentencia. Quien no estaría tan satisfecho, pensó, amargamente, sería Nick Ryles, el hermano de la víctima.

CAPÍTULO II

Charlotte Crain salió del coche y entró en el edificio, dirigiéndose rectamente al ascensor, situado al final del lujoso vestíbulo. El conserje la saludó con gran amabilidad y ella contestó con un leve movimiento de cabeza.

Momentos después, Charlotte salía del ascensor. Caminó unos metros por el pasillo alfombrado y, al llegar frente a la puerta de su departamento, se detuvo para abrir el bolso y sacar la llave, que insertó a continuación en la cerradura.

Abrió la puerta, cruzó el umbral y se volvió maquinalmente para cerrar. Dejó el bolso sobre una consola cercana y se quitó del cuello la estola de piel de zorro plateada. Arrastrándola negligentemente por el suelo, se encaminó al dormitorio.

Entonces, desde la puerta, vio que había un hombre sentado en la cama.

—Hola —dijo el hombre.

Charlotte sintió que se quedaba sin respiración. Aquel sujeto, de grandes gafas negras, rostro muy blanco, espeso bigote y manos enguantadas, la apuntaba con un revólver, cuyo cañón estaba rematado en una gruesa protuberancia de forma cilíndrica.

—¡No...! —empezó a gritar ella, pero el primer disparo salió casi en el mismo instante.

Charlotte percibió en el acto una vivísima sensación de quemadura en el pecho, un poco más arriba de la cintura. Las piernas le flaquearon y se arrodilló.

—Por favor... —gimió, sabiendo, no obstante, que iba a morir.

Fríamente, el asesino se puso en pie y dio dos pasos. El revólver apuntaba ahora a la frente de Charlotte. —Con los saludos de quien tú sabes— dijo.

Y apretó el gatillo de nuevo.

Charlotte fue violentamente empujada hacia atrás. Luego rodó

de costado y quedó inmóvil, manchando con su sangre la espesa moqueta del suelo. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, pero ya no captaban ninguna imagen.

Desnudo de medio cuerpo para arriba, Rex Chatterton se contempló críticamente frente al espejo del cuarto de baño. Allí, en el pecho, hacia el costado izquierdo, se veía la cicatriz de uno de los balazos recibidos dos meses antes.

La otra cicatriz quedaba invisible, debido a los pantalones que llevaba puestos. El proyectil le había herido, aunque de refilón, en la parte alta del muslo izquierdo, junto a la cadera. Pero el otro balazo había estado a punto de enviarle al infierno, pensó.

La puntería de Randolph Ryles, por fortuna, no había sido demasiado buena. Ryles era hombre acostumbrado a ordenar a otros que apretasen el gatillo, aunque siempre llevaba un revólver encima. El mundo, se dijo Chatterton, mientras terminaba de vestirse, no había perdido nada con la muerte de aquel rufián.

Al terminar, salió del dormitorio, cruzó la sala y abrió la puerta de la casa. La botella de leche estaba allí, junto con el diario de la mañana.

Chatterton llevó la leche a la cocina. El agua del café ya hervía. Vivía solo, en una pequeña casita, situada en los suburbios de la ciudad, aunque tenía su despacho en el barrio comercial. Pero cuando terminaba el trabajo cotidiano, si no tenía que continuarlo durante la noche, gustaba de retirarse a su casa, en donde, al menos, disponía de un pequeño jardín y media docena de copudos álamos.

Abrió la botella y llenó un vaso, que se llevó a los labios, mientras desplegaba el periódico. De pronto, espurreó la leche apenas ingerida.

Sus ojos se fijaron morbosamente en los grandes titulares de la primera página. Durante unos segundos, se negó a dar crédito a la noticia.

¡Charlotte Crain había sido asesinada!

Dos balazos, uno en el pecho y otro en plena frente. La policía suponía que el segundo proyectil había sido el tiro de gracia. El asesino había querido cerciorarse de que su víctima estaba muerta.

Chatterton se sentó desmayadamente en una silla. Sin saber por qué, presintió que la muerte de la hermosa Charlotte se debía a la

declaración favorable que había prestado la víspera ante el tribunal que le había juzgado.

¿Por qué no había sido más explícita? ¿Por qué él no había insistido en hablar sin pérdida de tiempo? ¿Por qué...?

Los «porqués» se agolpaban en su mente, pero no obtenía respuesta para ninguno de ellos.

La policía no tenía ninguna pista por el momento, decía el periódico. Pero Chatterton decidió ponerse en campaña inmediatamente, porque aquella hermosa mujer, estaba seguro de ello, había muerto por su culpa.

Nunca había visto ni hablado con Charlotte hasta el tribunal..., pero no podía consentir que su muerte quedase impune.

Con el cigarrillo humeante, colgando de sus labios, Chatterton se sentó en un taburete, junto al individuo que parecía dormir frente a su vaso de *whisky* mediado. Val Vince el Sinuoso, no dormía. Algunos decían que no había conocido el sueño jamás, a pesar de que tenía los ojos casi constantemente cerrados, incluso cuando andaba por la calle.

Los ojos entornados eran una postura de Vince. Chatterton lo sabía muy bien. También sabía que Vince, cuando quería, podía resultar un buen informador.

Chatterton alzó una mano. El barman que servía en aquel tugurio acudió de inmediato.

—Cerveza —pidió.

—Al momento, señor.

Transcurrió un largo minuto. Chatterton y el Sinuoso permanecían callados, tan ajenos el uno al otro, como si no se conocieran para nada.

De pronto, Vince habló a media voz:

—Apuesto doble contra sencillo a que me vas a pedir informes sobre Charlotte Crain —dijo.

—Has ganado, Val —admitió Chatterton sin pestañear—. ¿Cuánto?

—Eres un buen chico. ¿Cincuenta?

—O. K. Empieza.

—Hace tres años, Lottie era la fulana de Ryles, el mayor, claro. De pronto, lo dejó, aunque desconozco los motivos. El intentó

perseguirla, pero otra rubia, de esa clase de mujeres que cuando se duchan no se ven jamás los pies, se cruzó en su camino y Ryles se olvidó de Charlotte.

—¿Qué hizo ella después?

—No lo sé bien, pero creo que continuó en el oficio.

—Ah...

—De todos modos, ahora iba con personas mucho más circunspectas que Ryles, gente de mucha «pasta» y más discreción. Es probable que estuviese liada permanentemente con W.

W. Endicott,

aunque no podría garantizar nada al respecto.

—¿Endicott, de Endicott Enterprises?

—Sí.

—Una firma poderosa, Val.

—Desde luego, pero W. W. es honesto... dentro de lo que cabe sea honesto un rico —contestó Vince cáusticamente—. Una cosa es segura; sus negocios son absolutamente lícitos.

—Cosa que no se pude decir de Ryles.

—Nunca se ha dicho, Rex. Ahora bien, yo no estoy en condiciones de darte muchos detalles; prácticamente, te he dicho todo lo que sé. Pero si quieres saber más, ve a ver a Magda Brook.

Chatterton sacó su libreta de notas.

—Supongo que sabes dónde vive —dijo.

Vince asintió. Chatterton anotó la dirección de Magda Brook y guardó la agenda en su bolsillo.

—¿Por qué sabe cosas Magda de Lottie? —preguntó.

—Fue cantante una temporada en el Golden Bowl. Luego sucedió a la rubia que no se veía los pies al ducharse. Después, se retiró. Como cantante, no era gran cosa. Si no hubiese enseñado la mayor parte de sus atractivos físicos, nadie la habría escuchado.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Antes de eso, Magda y Lottie eran muy amigas.

—Perfectamente. Vince, en tu opinión, ¿quién mató a Lottie?

Por primera vez en todo el tiempo, Vince pareció perder su compostura y se sobresaltó. Después de mirar cautelosamente a derecha e izquierda, bisbiseó:

—Russ Anders el Aligator.

—Vaya un apodo —comentó Chatterton.

—Le llaman eso, porque es frío como un cocodrilo. No siente compasión por nadie... y yo no sé dónde vive.

—Tal vez sepas quién pueda indicármelo.

—No. Te lo juro, Rex.

Chatterton comprendió que ya había sacado al confidente cuánto podía decirle. Discretamente, extrajo un puñado de billetes y contó siete de a diez y uno de a cinco.

—Te lo has merecido —sonrió, al ver la expresión de sorpresa que aparecía en el ordinariamente imperturbable rostro del Sinuoso.

Se apeó del taburete.

—Habrá más «pasta» si me localizas al saurio —se despidió.

Cuando la puerta se abrió, Chatterton se encontró frente a una mujer de abundante cabellera negra, vestida con una bata de plumas y encajes, transparente en muchos sitios, lo que permitía ver la ropa interior, nada abundante. Era un atavío espectacular, el adecuado para una mujer que se sabía pródigamente dotada por la naturaleza y quería demostrarlo en cualquier ocasión.

—Me llamo Chatterton —dijo.

Magda Brook alzó las cejas.

—He oído su nombre —manifestó—. ¿Qué desea de mí?

—Sólo unos minutos de su atención, señorita. ¿Puedo pasar?

Ella se apartó a un lado.

—Entre —invitó—, pero sea breve.

—Lamento haber interrumpido a su visita...

—No tengo ningún visitante. Hable —dijo Magda con sequedad.

Chatterton miró a su alrededor. Era una casa bien puesta, lujosa, aunque de dudoso gusto. Magda estaba junto a una barra de bar, tratando de encender un cigarrillo con dedos nerviosos.

El encendedor chasqueaba sin dar llama. Chatterton le acercó el suyo.

—Lottie ha muerto —dijo.

—Sí, lo sé.

—Usted y ella fueron muy amigas.

—No tengo por qué negarlo.

—Pero sí puede decirme por qué la mataron.

—No sé nada. Hacía tiempo que no nos veíamos.

Las respuestas de Magda eran rápidas, entrecortadas al mismo tiempo.

—Me gustaría creerla, señorita Brook —dijo Chatterton.

—¿Por qué no ha de creerme? —gritó ella, con voz crispada—. ¿Acaso piensa que le estoy mintiendo? Además, no es ningún policía; no tiene derecho a interrogarme. Vamos, lárguese y déjeme en paz de una vez.

Chatterton se sorprendió un instante de aquella furiosa respuesta. Luego, de pronto, se fijó en la puerta de comunicación de la sala con el resto del departamento.

Era una puerta muy amplia, con una gran cortina, que en aquellos momentos estaba completamente corrida. Chatterton desvió la mirada de inmediato.

—Muy bien —dijo—. Lamento haberla molestado. Adiós, señorita Brook.

Ella quedó junto a la barra. Chatterton se dirigió a la puerta, abrió y salió al pasillo.

Aguardó diez segundos. De pronto, abrió de golpe.

La puerta chocó violentamente contra la nariz de un hombre, de cuyos labios brotó un rugido de dolor.

Chatterton sonrió.

—Estoy seguro de que venías a ver si era cierto que me marchaba —dijo placenteramente.

El otro le miró con furia.

Al otro lado de la sala, Magda aparecía espantosamente pálida.

—Estaba amenazándola, ¿no es cierto? —dijo Chatterton.

Ella asintió en silencio.

—¡Cállate! —rugió el sujeto.

—Pero si no ha hablado, Peter Caitt —exclamó Chatterton divertidamente—. ¿Quién te ha enviado? ¿Ryles?

De pronto, Caitt se arrojó sobre el visitante. Chatterton lo recibió con un izquierdazo al estómago, seguido de un tremendo gancho con la derecha. Caitt se desplomó sin sentido sobre la alfombra.

—Señorita Brook, relacionarse con Ryles es mortífero —advirtió Chatterton—. Ya sé que no va a querer decirme nada, pero creo que le conviene pensárselo.

Una tarjeta de visita quedó encima de la consola situada junto a la puerta.

—Cuando haya reflexionado más a fondo, tenga la bondad de llamarme por teléfono —se despidió.

CAPÍTULO III

Tres días más tarde, Chatterton recibió una llamada telefónica:

—Esto vale doscientos «pavos» —dijo Vince.

—Supongo.

—Los vale. Calle Kealey, ciento noventa y dos, cuarta planta, letra C.

—¿El saurio?

—Sí.

—Está bien. Tendrás los doscientos muy pronto.

Chatterton colgó el teléfono. Estaba solo en su oficina. La secretaria se había despedido tiempo atrás y no tenía ganas de contratar una nueva empleada. Por otra parte, la necesitaba, para los pequeños asuntos de rutina..., aunque bien mirado, después de su encuentro con Randolph Ryles y los dos meses de hospital, más el proceso, el trabajo había descendido de un modo casi absoluto.

El problema económico no era acuciante para él. Anteriormente, había resuelto unos cuantos casos, con minutas bastante elevadas, lo que le permitía una notable independencia. Podía, incluso, aguantar un año, antes de decidirse a aceptar algún encargo.

—Si es que hay alguien que se atreva a darme trabajo —musitó.

La publicidad que le había dado el proceso no había resultado demasiado beneficiosa. No obstante, Chatterton era hombre que no se amilanaba ante las adversidades.

En todo caso, contaba con su título de abogado. Y, a los treinta años apenas cumplidos, el porvenir no le asustaba en absoluto.

Ryles le asustaba mucho más.

De pronto, se dio cuenta de que tenía una visita.

Ella estaba parada frente a la mesa, contemplándole con expresión casi divertida.

—¿Suele hablar en voz alta cuando está solo? —preguntó la chica.

Chatterton se puso en pie de un salto.

—¿Cómo ha entrado? —exclamó.

—He llamado, no me contestaba nadie, abrí, crucé el antedespacho, entré aquí... y vi a un hombre que farfullaba algo que no he logrado entender del todo, aunque sí se refería a su porvenir —dijo ella sonriendo.

—Estaba abstraído, lo admito —respondió Chatterton—. Pero siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Un cigarrillo.

—Sí, ahora mismo.

Ella se sentó en la butaca situada frente a la mesa de despacho. Mientras estaba en pie, Chatterton había observado que era alta, espigada, de formas apenas acusadas, pero netamente femenina. El pelo, castaño dorado, era muy corto, lo que le confería una apariencia casi infantil. Pero ya había rebasado los veinte años.

La joven expulsó el humo de la primera bocanada.

—Quiero ofrecerle un encargo, señor Chatterton —manifestó.

—Muy bien..., aunque, antes, me gustaría conocer su nombre. Todavía no sé quién es usted.

—Me llamo Vera Crain.

Chatterton iba a encender su cigarrillo y detuvo el gesto, para contemplar con fijeza a la hermosa visitante.

—Hermana de Lottie, supongo.

—Sí.

—Le doy mi más sentido pésame. Siento horriblemente lo ocurrido, señorita Crain.

—Gracias. Por eso he venido a verle a usted. Quiero que encuentre al asesino, no tanto al hombre que apretó el gatillo dos veces, sino al que le pagó.

—Yo también tengo un interés muy especial en el caso. Su hermana, ignoro los motivos, me salvó de un grave aprieto.

—Lo sé. He leído en los periódicos todo lo relativo al caso. Señor Chatterton, ¿por qué mató usted a Randolph Ryles?

—Una mujer me contrató. Ryles le hacía objeto de un chantaje. Ella quería recobrar algo que la comprometía.

—¿Y...?

—Mi cliente citó a Ryles en aquella casa, pero el que acudió fui yo. Ryles se enfureció al verme y sacó la pistola. El resto ya lo

conoce usted..., excepto que su hermana mintió para salvarme y aún ignoro los motivos.

—Los motivos se llaman Ryles, es decir, el otro hermano.

—¿Cómo lo sabe usted?

Vera alargó la mano y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—A decir verdad, Lottie y yo nos relacionábamos muy poco —manifestó—. Ella vivía de un modo muy... independiente, pero ello no obsta para que considere su asesinato como una gran canallada.

—Estamos de acuerdo.

—Y yo quiero que lo pague el que ordenó su muerte.

—Bien, pero ¿qué sabe de Ryles y de su hermana? ¿Murió solamente por declarar a mi favor?

Vera entornó los ojos.

—Tal vez fue ése el pretexto —respondió—. Pero yo pienso que ella estaba condenada a muerte desde hacía mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió Chatterton.

—Hace algunos meses, estuvimos pasando unos días juntas en..., bueno, eso no importa mucho ahora. Lottie me dijo que si un día le sucedía algo, yo debía buscar unos documentos que guardaba en su casa. No me indicó qué clase de documentos eran ni siquiera me dio el menor dato sobre su contenido, pese a mi insistencia. A mí me preocupó bastante su actitud, como puede comprender, pero ello sucedía ya cuando nos despedíamos y no quiso seguir hablando. Lo único que conseguí sacarle, y aun no estoy demasiado segura de ello, fue que esos documentos tenían alguna relación con Ryles.

—¿Se lo dijo Lottie?

—No exactamente. Yo conocía sus relaciones con ese sujeto y se lo pregunté cuando el coche ya arrancaba. Ella contestó con un gesto... del que no podría asegurar si fue o no afirmativo. Pero después, pensándolo mucho, ya he llegado a la conclusión de que sí, en efecto, esos documentos están relacionados de algún modo con Ryles.

Chatterton meditó unos instantes.

—Usted, sin duda, conoce el último domicilio de su hermana en Heaven Falls —dijo al cabo.

—Sí.

—¿Le importaría acompañarme?

—En absoluto.

—Muy bien. Aguarde irnos minutos, por favor.

Chatterton buscó la guía telefónica. A los pocos momentos, anotó algo en su agenda. Luego se puso en pie.

—Cuando guste —dijo.

Vera había ido en su coche y Chatterton pensó que era mejor que fuese ella quien condujese. Pero a los doscientos metros, la ordenó parar en las inmediaciones de una cabina telefónica.

—Aguarde aquí, por favor.

Chatterton se apeó, entró en la cabina e introdujo una moneda en la ranura. A los pocos segundos, oyó una voz:

—Jefatura de Policía. ¿Dígame...?

—Deseo hablar con el teniente Edgson. Es muy urgente, por favor.

—Bien, le pongo, señor.

Chatterton esperó escasamente diez segundos.

—Teniente Edgson —dijo alguien, al otro lado del hilo.

—Voy a darle una pista, teniente —exclamó Chatterton, con voz deliberadamente alterada—. Anote esto, calle Kealey, ciento noventa y dos, cuarta planta, letra C. Ahí vive un tipo llamado Russ Anders. Es el asesino de Charlotte Crain.

El teléfono fue a parar a la horquilla inmediatamente. Chatterton volvió al coche.

—Arranque —dijo.

Vera dio el contacto.

—Tenía un teléfono en su despacho. ¿Por qué no lo ha usado? —preguntó.

—Simplemente, no quería que la policía localizase esta llamada —respondió él.

—¿Es importante?

—Comprometedora.

—Para usted, presumo.

—No, para el asesino de su hermana.

—Le aseguro que no entiendo...

—Lo comprenderá muy pronto, créame. Ah, siga recto y doble luego en la segunda bocacalle a la derecha.

Un minuto más tarde, Chatterton hizo que Vera detuviese el coche nuevamente. Con gran asombro, ella observó que el detective volvía a entrar en una cabina telefónica.

Chatterton sacó la agenda de notas y marcó el número recientemente escrito en ella. A los pocos momentos, oyó una voz cautelosa:

—¿Quién?

—Russ, soy un amigo. Lárgate, alguien se ha «chivado».

Chatterton no quiso añadir una sola palabra más. Salió de la cabina y corrió de nuevo hacia el coche.

—Aprisa —pidió—. Recto hasta la próxima a la izquierda. Luego, todo recto otra vez, hasta que yo le diga.

Vera arrancó en el acto.

—Me tiene confundida —declaró.

—Sea paciente, por favor —rogó él.

La chica condujo el coche, siguiendo en todo momento las indicaciones de su pasajero. De pronto, al doblar la esquina de una calle de aspecto vulgar, Chatterton dio una orden:

—Aquí, párese.

El coche se detuvo.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Aguarde.

Otro automóvil apareció por la entrada opuesta y avanzó lentamente hacia una casa situada a unos treinta metros de distancia de la pareja. El vehículo refrenó su marcha, justo cuando un hombre, con un maletín en la mano, salía precipitadamente del edificio.

Dos hombres saltaron del automóvil.

—¡Anders, deténgase! —gritó uno de ellos.

Anders se volvió, con un revólver calibre 38 en la mano.

—¡Quieto, no dispaes! —gritó el teniente Edgson.

Anders apretó el gatillo dos veces. Una de sus balas abrió un agujero estrellado en el parabrisas del coche policial. Edgson y su acompañante respondieron al fuego, alcanzando de lleno al pistolero.

Vera se puso las manos en la boca.

—Lo han matado —exclamó.

—Sí —confirmó Chatterton fríamente.

Edgson y el otro policía se acercaron al cuerpo que yacía de bruces, con medio cuerpo fuera de la acera. Edgson se inclinó y recogió con cuidado el arma que Anders empuñaba todavía.

Vera se sentía todavía sumamente conturbada.

—No entiendo —dijo—. ¿Sabía usted lo que iba a pasar?

—Sí.

—Pero ¿quién era ese sujeto?

—El asesino de Lottie.

Ella lanzó una exclamación.

—De modo que esas llamadas...

—Llamé primero a la policía y luego a Anders. Anders era de la clase de sujetos que se defienden siempre, estén donde estén. Los policías hubieran tenido muchas menos oportunidades si hubieran subido a su casa, En la calle, han podido defenderse mejor, como ha tenido ocasión de comprobar.

—Entonces, ha hecho que lo matasen.

—Lo admito —dijo Chatterton ceñudamente.

Vera se indignó.

—Eso es... es un asesinato... —dijo, con voz ahogada.

—Señorita Crain, Anders disparó una vez contra Lottie. La herida era mortal, pero Lottie hubiera vivido todavía algún tiempo, minutos u horas, no lo sé. De haber vivido, podía haber hablado; pero Anders lo evitó, rematándola a sangre fría, con un tiro que le saltó la tapa de los sesos.

—¡Por favor, calle, no siga! —gimió la muchacha, a la vez que se tapaba la cara con las manos—. Es usted inhumano...

—Los inhumanos son ellos, los que matan cada vez que alguien se interpone en su camino —respondió Chatterton con dureza en el acento.

—Sí, es cierto..., pero usted podía haber hecho las cosas mejor, para que Anders fuese hecho prisionero...

—Anders no habría hablado. Incluso lo más probable es que hubiera salido libre en muy poco tiempo, por falta de pruebas. Yo sabía, privadamente, que era el asesino de Lottie. Pero ¿cómo demostrarlo ante un tribunal de justicia?

Vera inspiró fuertemente.

—Aun así, quizá hubiese hablado —insistió.

—En tal caso, tampoco se hubiera podido probar nada contra el que le ordenó matar a Lottie.

—¿Ryles?

Chatterton lanzó una mirada hacia el lugar donde se había

producido el tiroteo y en el que ya había una gran aglomeración de gente. De pronto, abrió la portezuela del coche.

—Usted no está en condiciones de manejar el volante — respondió evasivamente.

CAPÍTULO IV

Cinco minutos más tarde, Chatterton volvió a detenerse una vez más frente a una cabina de teléfonos.

—Aguarde aquí —dijo.

Momentos después, alguien contestaba a su llamada:

—¿Qué desea?

—Hablar con Ryles.

—No puede ser. El señor Ryles está ocupado.

—Muy bien, Louie, para el caso, tanto da. Dile que Russ Anders acaba de ser muerto por la policía.

Al otro lado de la línea se oyó un respingo de sorpresa.

—Oiga, ¿quién diablos es usted?

Chatterton soltó una risita.

—Un testigo presencial —respondió.

Colgó el teléfono y volvió al coche.

—Usted sabe dónde vivía su hermana —dijo, al sentarse tras el volante.

—Sí —contestó Vera—. Bellevue Park, doscientos noventa. Tengo una llave del piso...

—Estupendo.

Un cuarto de hora más tarde, Chatterton detenía el automóvil frente a un edificio de apartamento, de lujoso aspecto. Vera, ya más animada, se apeó en el acto.

—Nunca había estado aquí —declaró.

—Alguna vez tenía que ser la primera —dijo él tranquilamente—. Por cierto, ¿a qué se dedica usted?

—Dibujante publicitario. No soy gran cosa y mi imaginación es más bien escasa —declaró Vera, mientras caminaban a lo largo del sendero asfaltado que atravesaba el espacio ajardinado situado ante el edificio—. Pero, sin embargo, sé interpretar bastante bien las ideas que me facilitan los expertos en publicidad y soy buena

copiando obras maestras.

—En resumen, se gana bien la vida.

—No puedo quejarme. El contrato es excelente y el trabajo me gusta. ¿Puedo pedir algo más?

—Evidentemente, no —sonrió él.

Entraron en el edificio y el ascensor les condujo hasta la planta decimocuarta. Vera sacó la llave del bolso.

—Aquí es —dijo, al detenerse ante una puerta.

Insertó la llave en la cerradura y la hizo girar. De pronto, lanzó una exclamación.

—¡No está cerrada!

Chatterton reaccionó de inmediato. Con la mano izquierda, apartó a la chica a un lado. Luego hizo girar lentamente el pomo y empujó la puerta ligeramente.

Al otro lado reinaba un silencio absoluto. Chatterton contempló el espectáculo con un solo ojo.

Ella le miraba atentamente y vio que las facciones del joven se contraían en un gesto brusco.

—Usted tenía razón —dijo él.

Y acabó de abrir la puerta.

Vera se quedó horrorizada al ver el piso completamente revuelto. Los cojines y el mullido de divanes y sillones aparecían desventrados y los otros muebles patas arriba o convertidos en montones de astillas. Había una estantería para libros, pero todos estaban esparcidos por el suelo, muchos de ellos con las tapas arrancadas e incluso partidas en dos.

El espectáculo era desolador. Chatterton recorrió el resto de la casa, que no se hallaba en mejores condiciones.

Vera estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Por qué? —dijo, terriblemente afligida.

—Su hermana le habló de unos documentos, ¿no es cierto?

—Sí, pero nunca dijo...

—Alguien lo sabía y vino a buscarlos. Si los encontró o no, eso es cosa que nos costará averiguar. Suponiendo que lleguemos a conseguirlo —añadió él desanimadamente.

Vera levantó un taburete volcado y se sentó en él, muy abatida.

—Va a ser un trabajo ímprobo —dijo.

—¿Cómo? —se sorprendió Chatterton.

—¿No lo ve? Tengo que arreglar esto...

—Es mucho trabajo.

—No tengo prisa. Todavía estaré en Heaven Falls una temporada. ¿Dónde se cree que voy a vivir, si no?

—La ayudaré...

—No se moleste. Lo único que tiene que hacer es continuar sus investigaciones. Sobre todo, procure averiguar quién ha hecho esta salvajada.

—¿Es que no se lo imagina?

Vera suspiró.

—Sí, de sobra. Señor Chatterton, ¿habrán encontrado los documentos?

—Si eso es verdad, están ya en poder de Ryles y no nos lo va a decir, como puede comprender. Incluso cabe la posibilidad de que los haya quemado, si le comprometían.

—Me pregunto por qué no quiso decirme nunca dónde estaban ni cuál era su contenido —dijo la chica pensativamente.

—Acaso no pensaba que iba a acabar asesinada. Podía sospecharlo, pero debía de creer que no le sucedería nada —supuso él.

—Es posible. Bien, espero que, al menos, el frigorífico esté intacto. Si no tendré que ir a cenar a algún restaurante cercano.

—Hay uno a dos manzanas de aquí. Se come bien y barato.

—Gracias. —Vera sonrió atractivamente—. Le llamaré mañana.

—Muy bien como guste.

Chatterton se volvió, en el mismo momento en que se abría la puerta. Un hombre se detuvo en el umbral, con la perplejidad pintada en el rostro.

—Hola —dijo, no menos sorprendido que los dos jóvenes.

—¿Cómo está, señor Endicott? —saludó Chatterton.

El recién llegado era un hombre alto, de unos cincuenta años, bien vestido y con cierta prominencia ventral, que le daba el aspecto justo de lo que era: un próspero hombre de negocios. Durante unos segundos, Chatterton y Endicott se contemplaron recíprocamente.

—No esperaba encontrarle aquí —dijo al fin el recién llegado.

—Ya ve, la vida, a veces, tiene estos chistes —sonrió Chatterton—. Tampoco yo me hubiera imaginado verle a usted aquí, señor

Endicott. ¿Busca algo?

Endicott no contestó por el momento. Recorrió con la vista el destrozado interior del apartamento, y al fin, dijo:

—Tenía que encontrarme aquí con una persona conocida.

—¿Puedo conocer su nombre?

—No.

—Por supuesto, esa persona no se llamará Charlotte Crain.

Endicott enrojeció ligeramente.

—No puede ser, puesto que está muerta —respondió.

—Entonces, ¿quién es?

—Señor Chatterton, sospecho que eso es algo que no le interesa en absoluto.

—A mí puede que no, pero sí a esta linda señorita que está detrás de mí. Se llama Vera Crain.

—Hola —dijo la chica.

—¡Crain! —resopló Endicott.

—Parece que le suena el apellido —observó Vera.

—Sí, en tiempos conoció mucho a su hermana —dijo Chatterton.

Vera adelantó unos pasos.

—A mí sí me interesa todo lo relacionado con Lottie —exclamó.

—Señorita, hacía ya mucho tiempo que Lottie y yo no nos relacionábamos para nada —declaró Endicott fríamente.

—Entonces, ¿por qué ha venido a esta casa? Ella vivía aquí. ¿Quién era la persona con la que debía encontrarse? ¿Por qué no quiere contestarme?

—Porque no lo deseo. —Endicott movió la cabeza ligeramente—. Adiós —se despidió con sequedad.

La puerta se cerró con fuerte golpe. Chatterton se puso un cigarrillo entre los labios, pero Vera se lo arrebató apenas lo había encendido.

—Rex, ¿qué había entre Endicott y mi hermana? —preguntó.

—¿No se siente capaz de imaginárselo? Pero lo curioso del caso es que fue la esposa de Endicott la que me contrató para procurar que Randolph Ryles cesara en su chantaje.

—¿Es eso cierto? —exclamó Vera, muy sorprendida.

—Rigurosamente cierto —confirmó él, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. Si encontrase algo, no deje de llamarme en el acto.

—Váyase tranquilo, Rex.

—Eso es lo que quisiera —suspiró Chatterton, sumamente preocupado por la inesperada complicación que suponía la extraña cita de Endicott con una persona desconocida en el piso que había pertenecido a Charlotte Crain.

Chatterton abrió la puerta de su casa y encendió la luz. Entonces vio, sentado en un diván, a un hombre delgado, elegantemente vestido, que le sonreía con amabilidad.

—¿Qué tal? —dijo el sujeto.

Chatterton frunció el ceno.

—Mac, es usted el último hombre a quien habría esperado ver en mi casa —dijo—. ¿Le envía Ryles?

Harmon MacNeil asintió.

—Sí —admitió.

—Algún mensaje, supongo.

—Exacto. Mírelo, está ahí, sobre la mesa. Chatterton se acercó a la mesa baja, alargada, situada en las inmediaciones del diván. Sujeto parcialmente por un pesado cenicero de plata y cristal, había un rectángulo de papel, de inconfundible significado.

Al inclinarse un poco, pudo leer la cifra.

Silbó.

—Veinticinco de los grandes —dijo.

—Exactamente, Chatterton —confirmó MacNeil sin pestañear.

—Ryles debe de tener un corazón así de grande. Yo maté a su hermano y él me regala veinticinco mil dólares.

—He de admitir que el señor Ryles sintió mucho la muerte de su hermano, como es lógico; pero también se encuentra ahora mucho más aliviado. Randolph era un chico muy indisciplinado y, en ocasiones, actuaba por su cuenta.

—Como en el caso de la señora Endicott.

—Prefiero no comentar el tema. El señor Ryles ha olvidado ya lo que sucedió entre usted y Randolph. Ahora, lo único que quiere es que se tome unas largas vacaciones, un año, por ejemplo. Fuera de Heaven Falls, por supuesto.

Chatterton volvió a mirar el cheque.

—Podría suceder que no aceptase el trato —dijo.

—No se lo aconsejo, Chatterton.

—Mac, diríase que Ryles me tiene miedo. ¿Qué ha dicho cuando

se enteró de la muerte del Aligator?

—Nada. El señor Ryles no ha conocido jamás a ese individuo.

—Usted sí, por lo visto.

El pálido rostro de MacNeil enrojeció de golpe.

—Yo no he admitido nada —contestó—. Y lo único que me interesa es conocer su respuesta, Chatterton.

¿Afirmativa o negativa?

—Negativa, Mac.

Una voz bronca sonó de pronto a espaldas del joven.

—¿De veras?

Antes de que Chatterton pudiera aprestarse a la defensa, una mano retorció su brazo derecho, a la vez que lo echaba hacia atrás. Otra mano sujetó su brazo izquierdo. El sujeto era tremendamente robusto, pensó Chatterton de inmediato.

—¿Qué hago ahora, señor MacNeil? —consultó el individuo.

Con gran afectación, MacNeil sacó un cigarrillo, que puso en una boquilla negra. Luego prendió el encendedor.

—Rómpele un brazo —contestó—. Cuando esté curado, volveremos a verle. Si para entonces no ha cambiado de opinión, le romperás el espinazo, Peter.

—¡Oh, muy bien!

La presión de la mano sobre su brazo se acentuó enormemente. Sí, el hampón estaba dispuesto a rompérselo.

Pero él estaba dispuesto a conservar su integridad física. De súbito, alzó el pie derecho y lo dejó caer con todas sus fuerzas.

Caitt lanzó un tremendo aullido cuando el tacón aplastó los dedos de sus pies. El dolor resultó tan intenso, que se vio obligado a soltar la presa.

Chatterton giró velocísimamente. Mientras lo hacía, juntó ambas manos, entrelazando los dedos. Los dos brazos, así juntos, cayeron demoledoramente sobre el lado izquierdo de la cara de Caitt, quien se desplomó, bramando como un toro enfurecido.

A pesar de todo, era un hombre de enorme resistencia. Apenas cayó, intentó levantarse, pero el pie derecho de Chatterton le golpeó en el hombro izquierdo. Caitt volvió a gritar, aunque rebotó como una pelota. Entonces, una rodilla golpeó con dureza su nariz y el golpe le hizo perder el sentido.

Chatterton giró en redondo. MacNeil, estupefacto, se había

puesto en pie. El asombro le impedía reaccionar.

—Venga acá —dijo el joven.

De pronto, MacNeil intentó sacar una pistola. Chatterton saltó sobre él y, agarrando su muñeca, dio un tirón violentísimo.

MacNeil lanzó un grito de angustia. Chatterton agarró su nariz, haciendo pinzas con dos dedos, y se la retorció cruelmente. Luego le quitó la pistola y, finalmente, lo llevó a empujones hacia la puerta.

Un segundo después, MacNeil salía catapultado a consecuencia del impulso del pie derecho de Chatterton, aplicado sin misericordia en sus posaderas. MacNeil quedó sobre el suelo, gimiendo sordamente, a causa del dolor que sentía en la nariz maltratada.

Chatterton se inclinó a continuación sobre Caitt, quien ya empezaba a rebullir, y le quitó la pistola. Luego, agarrándolo por los tobillos, la sacó fuera de la casa.

El cheque fue convertido en menudos pedazos, que revolotearon ante los ojos doloridos de MacNeil.

—Ésta es mi respuesta —dijo Chatterton.

—Le pesará —contestó MacNeil.

—A Ryles y a todos sus secuaces, usted el primero, les pesará haber matado a Lottie Crain.

Chatterton cerró de un portazo. Pero, por precaución, se mantuvo junto a la ventana, hasta que vio que los dos hampones se alejaban en su coche.

A pesar de todo, no se sentía satisfecho.

Ryles le había hecho una oferta con el cheque: guerra o paz.

Y él había elegido la guerra. Podía ser el vencido.

CAPÍTULO V

Por la mañana, al día siguiente, hizo una llamada telefónica. Magda Brook se mostró bastante reticente en un principio, pero, al fin, acabó por ceder a la petición de Chatterton.

—Le aconsejo vaya a mediodía —dijo Magda al terminar.

—¿Por qué?

—Ahora trabaja en un local nocturno y se acuesta muy tarde. Posiblemente, toma sedantes y no oiría la llamada. Yo fui una vez a las diez y me cansé de darle al timbre.

—Entiendo. Gracias, Magda.

—Suerte... Oiga, Rex.

—¿Sí?

—Tengo ganas de charlar un rato con usted. ¿Por que no viene a verme después de que haya hablado con Lisa Johns?

—Dígame una hora adecuada.

Magda soltó una risita.

—Estaré en casa todo el día —manifestó.

—Muy bien. Me alegro de que haya mejorado la opinión que tiene sobre mí.

—¿No dicen que es de sabios mudar de opinión? —Magda rió de nuevo y luego colgó el teléfono.

Chatterton dudó unos momentos. Después consultó el reloj. Todavía era temprano. Lisa Johns, la rubia que no se veía los pies al ducharse, estaría dormida como un leño.

Posiblemente, no obtendría gran cosa..., pero creía que debía hacerle una visita. Al fin de cuentas, una investigación se componía de pequeños retazos que, con paciencia y tiempo, podían unirse debidamente y ofrecer el paisaje completo, bajo una perspectiva de visión total.

A las tres de la tarde, llamaba a una puerta. Alguien atisbo por la mirilla.

—¿Policía? —preguntó Lisa Johns por el micrófono continuo.

—¿Trafica usted con drogas? ¿Ha asesinado a alguien? ¿Es aficionada a los secuestros?

Usa Johns emitió un bufido. Luego abrió.

Chatterton la contempló críticamente. Era guapa, sí, y de formas abundantes, pero le pareció que Vince el Sinuoso había exagerado un tanto con respecto a su torso. De todos modos, el cuerpo de Lisa despedía un fuerte atractivo sensual.

—¿Ya me ha mirado bastante? —preguntó ella, apoyada con una mano en la jamba de la puerta y con la otra en una de sus salientes caderas.

Chatterton sonrió. Lisa vestía un camión muy corto y escotado, un sujetador que era tres tallas inferior a la suya y unos brevísimos pantaloncitos de encaje negro.

—Me llamo Rex Chatterton —dijo—. Y, no, no la he mirado bastante. Sería capaz de pasarme la vida así...

Lisa rió burlonamente.

—Y yo no me iba a divertir en absoluto —exclamó con notable desenvoltura. Alargó la mano y asió la del visitante—. Anda, vamos, entra de una vez, Rex.

Chatterton enarcó las cejas, visiblemente sorprendido por una acogida que no esperaba.

—Parece que me conoces —observó.

—He visto tu retrato en los periódicos —declaró ella, mientras ponía unos cubitos de hielo en dos vasos—. Rex, vamos a brindar por los dolores de cabeza de Satanás —agregó.

—No entiendo...

Ella le puso un vaso en la mano.

—Sí, hombre, sí; Satanás debe de estar consumiendo la aspirina por toneladas. Apuesto algo a que en quinientos años no le ha llegado un cliente como Randolph Ryles.

—Oh, comprendo... Diríase que estabas resentida con ese sujeto.

—Le odiaba.

—¿Puedo conocer los motivos?

Lisa se levantó el camión sin el menor rebozo y enseñó su costado izquierdo.

—Me lo quemó con su habano —dijo, al enseñar la redonda cicatriz que alteraba la tersura de su piel.

—¿Por qué?

—Yo había ido a bañarme a la piscina del Eagle Club. El entro en mi caseta, antes de que acabase de cambiarme de ropa. Me propuso algo, que no me gustó. Entonces, aplicó a mi costado la brasa de su cigarro.

—Ya, pero eso me parece poco...

—Otro día fue a mi casa y me apaleó como no puedes imaginarte. Yo me quejé a su hermano, pero Nick lo tomó a broma. Entonces fue cuando decidí romper para siempre con la familia Ryles.

—Lo siento, nena.

—No te preocupes. —Lisa se le acercó, con una sonrisa insinuante en los labios—. Para mí, el tipo que liquidó a Randy Ryles, se merece una medalla. Ahora bien, como yo no puedo otorgar esa clase de recompensas... puedo pagarte de otro modo.

—Aceptaré el pago con mucho gusto —contestó él sonriendo—. Y va a consistir en informes sobre Lottie Crain.

El rostro de Lisa expresó decepción.

—¿Nada más?

Chatterton carraspeó.

—Ejem..., ejem... Pues... hálame primero de Lottie y luego discutiremos la clase de recompensa que debo aceptar. No..., no te enojés, pero tengo entendido que tú desplazaste a Lottie en...

—Sí, hombre, sí —exclamó ella de buen humor—. ¿Por qué negar lo que todo el mundo sabe? Rex, si hay algo en este mundo que deteste es la insinceridad. Yo quería progresar y... —Lisa emitió un suspiro que hizo crujir las costuras de su sujetador—. No está bien, ahora lo veo. Se consiguen muchas cosas, pero, en el fondo, no se es feliz. A una lo que le gustaría es tener un esposo, dos o tres chiquillos...

—¿Por qué no? Un día, quizá, lo consigas. Eres joven, me parece. ¿O estoy hablando con una venerable ancianita disfrazada?

Lisa soltó una alegre carcajada. De pronto, con ambas manos, empujó al visitante y lo hizo sentarse en un sillón próximo. Acto seguido, saltó a sus rodillas y le puso los brazos en torno al cuello.

—¿Qué quieres saber de Lottie? —preguntó, después de un par de suaves mordiscos en la punta de la nariz y en los labios.

—Lo que sepas tú —contestó él, con el brazo izquierdo en torno

al cálido talle de la rubia.

—Bueno, no es mucho... Sí, en cierto modo, Nick Ryles estaba bastante chiflado por ella..., pero aunque jamás comentamos el asunto, ni siquiera en los momentos de mayor intimidad, tengo la impresión de que Lottie era bastante independiente y no se dejaba manejar como él quería.

—¿Qué significa eso, preciosa?

Lisa se puso seria de repente.

—Fotografías —contestó.

—Oh —dijo Chatterton—. No es cosa muy original...

—Pero, en según qué tipos, terriblemente productivo. Lo digo por experiencia.

—¿Tú también...?

—Una vez —admitió ella—. Vino un cliente muy adinerado y empezó a rondarme. A mí me extrañó que Nick no protestase, pero entonces era todavía muy ingenua. Bueno, resumiendo, el cliente y yo acabamos tomando una copa de champaña en un reservado. Una semana más tarde, el tipo vino a verme furiosísimo, con un montón de fotografías en las manos. Naturalmente, no tenía los negativos, pero si quería recuperarlos habría de pagar una enorme cantidad... Como puedes comprender, no quiso creermelo cuando le dije que yo era absolutamente inocente de lo que sucedía. Por fortuna, no me pegó, pero imagínate cómo quedé yo por dentro.

—¿Pagó el tipo?

—Supongo que sí. Después, yo me fui a ver a Nick y le rompí un jarrón en la cabeza. Ahí acabaron mis relaciones.

—Sí, pero eso no quiere decir mucho sobre Lottie Crain.

—Parece que ella quería una mayor tajada en el asunto, es todo lo que puedo decirte. Porque, además, también se producía el caso inverso.

—No entiendo.

—Nick tiene un buen amigo, el «Bello» Paul. No sé cuál es el apellido, pero sí sé que tiene mucho éxito entre las mujeres, adineradas, por supuesto, y si son algo maduras, lo que significa que están muy necesitadas de cariño, mejor todavía. Rex, no estoy segura, pero no tendría nada de extraño que Lottie procurase encuentros con el «Bello» Paul y alguna de esas ricachonas... en busca de una fuente de ingresos suplementaria.

Chatterton se quedó muy pensativo. Tendría que ver a cierta cliente, se dijo, por cuya culpa se había encontrado primero en un hospital y después ante un tribunal.

—¿Eso es todo? —preguntó, después de unos segundos de reflexión.

Lisa se apretó contra él.

—Ya sabes todo lo que sé de Lottie..., pero debes saber más cosas de mí —dijo ardorosamente.

Chatterton la miró un instante y sonrió. Los labios de Lisa eran dulces, jugosos... y ardientes.

Mientras las dos bocas se confundían en un beso volcánico, Chatterton pensó un instante en Magda Brook. No había prisa, se dijo; Magda estaría todo el día en casa.

El mandadero, pulcramente uniformado, entró en el edificio y se dirigió al conserje.

—¿Señora Brook? —preguntó.

—Sexto, letra D —respondió el conserje, mientras contemplaba la enorme caja, artísticamente envuelta y con un vistoso lazo, que llevaba el hombre uniformado. Aquellas flores, pensó el conserje, debían de valer tanto como su sueldo de un mes.

—Gracias —dijo el mandadero.

Instantes después, el sujeto entraba en el ascensor. Salió en el sexto piso y buscó la letra D.

—¿Quién es? —preguntó Magda a los pocos momentos.

—Un obsequio para usted, señora Brook.

Ella vio la caja a través de la rendija de la puerta que había abierto precavidamente y luego soltó la cadena.

—Entre —dijo—. Le daré una propina.

—Muchas gracias, señora.

Magda se volvió de espaldas para ir en busca de su monedero. Por eso no se dio cuenta de que el hombre uniformado levantaba la tapa posterior de la caja de flores y sacaba de ella un revólver con silenciador.

Ella emitió un grito ahogado al sentir en los riñones la quemadura del primer balazo, aunque casi no oyó el disparo. Entonces, de golpe, lo comprendió todo y giró sobre sus talones.

—Tú... —jadeó.

—Sí —contestó el mandadero fríamente.

Y disparó de nuevo.

Magda giró violentamente sobre sí misma y cayó de bruces. El asesino dejó la caja a un lado y corrió hacia la puerta.

Antes de salir, miró a derecha e izquierda. El pasillo estaba vacío. Corrió hacia el ascensor y bajó al vestíbulo.

—¡Conserje! —gritó—. Llame pronto a la policía; la señora Brook está muerta.

El conserje pareció quedarse petrificado. Un hombre entraba en la casa en aquel momento.

Chatterton vio al conserje y al hombre de uniforme, a quien juzgó mandadero de alguna tienda de flores. Conocía el camino, de modo que, sin detenerse, se encaminó hacia el ascensor.

—Oiga —gritó el conserje en aquel momento—. ¿Quién le ha dicho que la señora Brook está muerta?

Chatterton giró en redondo al escuchar aquellas palabras. El mandadero había desaparecido ya, mientras que el conserje parecía aún aturdido, sin la menor capacidad de reacción.

—Ese hombre ha dicho que Magda Brook está muerta —exclamó, acercándose al mostrador.

—Debe de tratarse de una broma...

Chatterton saltó hacia la puerta, pero sólo consiguió ver un coche que se alejaba velozmente. Otro coche se interpuso entre él y la matrícula del que ocupaba el fugitivo, que se perdió de vista en menos de cinco segundos.

Inmediatamente, volvió sobre sus pasos.

—¡Avisé a la policía, estúpido! —gritó, mientras corría hacia el ascensor.

El conserje empezó a dar señales de vida. Momentos después, Chatterton abrió la puerta del apartamento de Magda.

Ella estaba boca abajo, sobre un charco de sangre, que enrojecía el brillante *parquet* del suelo. Magda aparecía completamente inmóvil, con el brazo derecho estirado en una postura muy peculiar.

Chatterton frunció el ceño.

Al inclinarse ligeramente, advirtió que el índice de Magda aparecía manchado de rojo. De pronto, pese al choque que le suponía ver muerta a aquella hermosa mujer, sonrió.

Magda no había muerto instantáneamente. Hank Robbins no era un asesino frío como lo había sido el Aligador. Su víctima había

sobrevivido unos segundos a los dos disparos que le habían causado la muerte.

Y aquellos breves instantes, habían sido suficientes para que el dedo acusador de Magda hubiera podido señalar sin lugar a dudas el nombre de su matador.

CAPÍTULO VI

Chatterton abrió la puerta y contempló a su hermosa visitante con la sonrisa en los labios.

—Buenos días —saludó amablemente—. Acabo de servirme el desayuno. Si lo desea, puedo poner una taza más para usted.

Vera parecía muy enojada.

—¿Fue hace un siglo cuando hablamos la última vez? —preguntó.

—Usted no es tan vieja —contestó él—. Ande, entre y desarrugue esa bonita frente. Enfadada está muy fea.

—Es que no tengo motivos para estar contenta.

—Sí, ya me lo imagino. Bueno, ¿le pongo la taza o no?

Vera dudó. Tenía un periódico en la mano y lo desplegó ante el joven.

—Lea la noticia —dijo—. Yo misma iré a la cocina.

—Muy bien, pero no es necesario que meta la nariz en el periódico —repuso él tranquilamente.

—¿Cómo? ¿Lo sabe ya?

—Vi muerta a Magda Brook. El primero que la vio, después del asesino, claro.

Vera se detuvo en la puerta de la cocina.

—El periódico no menciona su nombre para nada —manifestó.

—Hablé con el teniente Edgson y le pedí que no dijera nada a los periodistas. Edgson es buen amigo mío.

—Sí, ya veo.

Chatterton se sentó frente a su plato. Ella volvió a poco con una taza y un platillo y se sirvió café.

—¿Y bien?

—El asesino actuó disfrazado de mandadero de una tienda de flores. Un disfraz muy hábil, todo hay que reconocerlo. Magda no hubiera abierto la puerta a un desconocido.

—¿Acaso lo conoció?

—Sí, pero cuando era ya demasiado tarde. De momento, y eso le hubiera pasado también a usted misma, no sospechó del hombre que llevaba una caja con orquídeas. Lo malo es que dentro de la caja iba también un revólver. Y el asesino no era Russ Anders.

—¿Por qué lo dice?

—Magda no murió instantáneamente. Tuvo tiempo de escribir el nombre del asesino, con su propia sangre.

Vera lanzó una exclamación de horror.

—¿Es posible?

—Yo mismo pude leerlo. Pero lo borré antes de que llegase la policía.

—¿Por qué?

—Estoy esperando a que me digan dónde puedo encontrar a Robbins. Entonces, iré a verle.

—Oh, pensé que haría lo mismo que con el Aligator...

—Esta vez, quiero hablar con él. Me interesa.

Vera se quedó pensativa unos instantes.

—No comprendo en absoluto por qué han asesinado a Magda Brook —dijo al cabo.

Chatterton untaba con mantequilla una tostada de pan.

—Es una frase tópica, pero cierta en su caso: «Sabía demasiado».

—Ya me lo imagino, pero ¿qué es lo que sabía?

—Eso es lo que queremos averiguar, ¿no le parece?

—Rex, es usted absolutamente incomprensible —dijo Vera.

—Lo soy, porque ni yo mismo comprendo del todo lo que pasa. Sólo puedo decirle que también su hermana sabía demasiado... y, además, quería demasiado.

Ella se puso rígida.

—¡No insulte a una muerta que no puede defenderse! —exclamó—. Ella le salvó de un grave aprieto...

—Me gustaría creer que lo hizo por pura bondad, aunque mucho me temo que hubiese bastante egoísmo en su gesto. No obstante, le estoy muy agradecido por lo que hizo en mi favor, pero eso no me pone una venda en los ojos, sobre todo, después de lo que escuché ayer. Lo siento, Vera; Lottie no era tan buena como usted piensa.

La joven se puso en pie.

—Creo que no debo seguir escuchándole una sola palabra más

—dijo con voz crispada—. Señor Chatterton, si le debo algo...

—No me debe nada —cortó él, impasible.

—Entonces, adiós.

Vera se marchó, taconeando vivamente, y cerró de un portazo. Al quedarse solo, Chatterton lanzó un hondo suspiro.

—Tiene más genio de lo que parece —comentó para sí.

Y luego continuó su desayuno, como si no hubiera pasado nada.

Al terminar, agarró los cacharros y fue a la cocina, en donde pasó unos minutos en el fregadero. Estaba terminando, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Secándose las manos con un paño, Chatterton corrió a la salita y levantó el auricular.

—¡Hola! —dijo Vince—. Ya lo sé.

—Muy bien. Nos veremos luego para pagarte.

—Gracias. Calle East Wall, trescientos once, cuarto, letra A.

—Muy bien.

Chatterton dejó el teléfono sobre la horquilla. Fue a una mesa y abrió un cajón, en el que tenía un revólver de cañón corto y calibre 38. Pero, después de unos segundos de duda, cerró el cajón de un manotazo.

No quería más líos de armas. Si era preciso, emplearía las manos.

Llamó a la puerta, pero no contestaba nadie. Chatterton empezó a pensar que Robbins había creído conveniente abandonar la ciudad, después de haber asesinado a Magda Brook.

Insistió, sin obtener otra respuesta que el silencio. De pronto, alargó la mano.

El pomo giró. Empujó la puerta.

—Hank —llamó en voz baja.

Reinaba un profundo silencio. Chatterton se atrevió a entrar. Dio un paso, dos... Se asomó a un dormitorio.

Entonces vio a Robbins.

Estaba sobre su cama, pero no dormido.

La mano derecha del sujeto se crispaba sobre el pecho, en el que se veía una gran mancha de sangre. Robbins tenía la boca torcida en una mueca grotesca y los ojos muy abiertos, vidriados, fijos en el techo.

—Ése es el pago que te merecías —musitó, mientras retrocedía,

sin querer tocar ninguno de los objetos que había en la estancia.

Era absurdo intentar el menor registro de la casa. El asesino habría tenido buen cuidado de no dejar el menor rastro de su paso por el lugar.

Una cosa, sin embargo, parecía segura: el hombre que ordenaba aquellos asesinatos, no estaba dispuesto a que alguien pudiera delatarle más adelante.

Abandonó la casa con el mismo sigilo que a la llegada. Mientras conducía el coche, se sumió en profundas reflexiones. Al fin, creyó haber llegado a una conclusión y se detuvo en la primera cabina telefónica que le salió al paso.

La mujer era alta, de formas opulentas y, aunque ya estaba en los linderos de la cuarentena, resultaba sin embargo todavía enormemente atractiva. Mientras la contemplaba, Chatterton pensó que Edna Endicott sabía hacer muy rentable el dinero que gastaba en sus costosos tratamientos de belleza.

—Me ha llamado —dijo ella.

Chatterton puso las manos sobre el respaldo de una butaca.

—Siéntese, por favor, señora Endicott —invitó—. ¿Un cigarrillo? ¿Algo de beber?

Edna cruzó las piernas, sin importarle que la falda subiese bastante más arriba de las rodillas. Pero no se quitó la estola de piel que envolvía su bien cuidado cuello y cubría el amplio escote de su vestido.

—Aceptaré un cigarrillo, gracias —dijo fríamente.

Chatterton se lo encendió. Ella le miró con fijeza, después de aspirar la primera bocanada de humo.

—¿Y bien?

—Señora Endicott, usted no puede olvidar el hecho de que, unos meses antes, usted me encomendó una investigación muy delicada.

—Lo sé, aunque no se puede decir que consiguiera usted un triunfo digno de ser destacado.

—Averigüé la identidad del chantajista. Cuando trataba de convencerle para que me entregase los negativos comprometedores, él disparó contra mí y yo tuve que matarle. Pero él no era el hombre que se encontró con usted en más de una ocasión... de cuyos encuentros se obtuvieron fotografías harto comprometedoras.

Edna enrojeció vivamente.

—A veces, una mujer se siente débil —manifestó—. Lo que sucede es que yo creía que aquel hombre, pese a todo, era un caballero.

—Y se equivocó.

—Usted ya lo sabe, señor Chatterton.

—Sin embargo, jamás me dijo el nombre de ese individuo. Ahora necesito saberlo.

—¿Por qué? —Respingó Edna.

—Señora Endicott, sospecho que lo que le ocurrió a usted tiene mucho que ver con ciertas cosas que están sucediendo estos días en Heaven Falls. Usted sabe que mi profesión me exige ser discreto. Si yo hubiese conseguido las fotografías...

—¿Habría sido capaz de contemplarlas?

—No lo sé. Como no las tuve en las manos, no puedo decir si hubiera resistido o no a la tentación. En todo caso, si bien hubiese podido ver el rostro del individuo...

—No hubiera conseguido nada. Sólo se me veía a mí, aunque acompañada de un hombre, claro está. Pero a él no se le veía la cara en ninguna de las tomas.

—Muy bien. Entonces, dígame el nombre.

—¿Lo cree relacionado con estos crímenes?

—Estoy absolutamente seguro.

Edna inspiró aire fuertemente.

—Paul Welles —respondió.

—Más joven que usted.

La mujer enrojeció.

—Dijo que tenía veintiocho años...

—Debe de andar por los treinta y dos, aunque esto es una minucia —sonrió Chatterton—. Por cierto, ¿qué hizo usted?

—Pagar, claro. No tenía otra solución...

—¿Le enviaron los negativos?

—Al menos, cumplieron su palabra.

—Gracias, señora Endicott. Lamento haberla hecho venir hasta mi despacho, pero no me pareció prudente ir a su propio domicilio.

—¿Por qué? ¿Temía algo?

Chatterton pensó en el esposo de Edna. ¿A qué había ido Endicott a casa de Lottie Crain?

—La entrevista aquí es mucho más discreta —sonrió.

Edna se puso en pie.

—Señor Chatterton, lamento que le hirieran por mi culpa —dijo, a la vez que abría el bolso—. Creo que le debo una compensación...

La mano de Chatterton se apoyó sobre la de Edna, obligándola a cerrar el bolso.

—No me debe absolutamente nada, señora —dijo—. Ya me ha pagado con el nombre de un rufián.

Había cierta humedad en los ojos de Edna.

—Ese sujeto me sorbió el seso...

—Sí, el «Bello» Paul tiene esa habilidad con las mujeres.

—¿Cómo ha dicho?

—Le llaman así... en el mundo que es su ambiente. Es decir, el hampa.

—Nunca me imaginé nada semejante.

—Por eso cayó en la trampa con tanta facilidad. Váyase tranquila, señora Endicott.

—Está bien. Al menos, déjeme pagarle...

Edna se acercó a él y le besó en una mejilla. Durante unos segundos, Chatterton percibió el calorillo que emanaba de aquel cuerpo opulento, del que se desprendía un aura de sensual perfume. Ella se había aproximado demasiado para darle lo que parecía un simple beso de gratitud, y Chatterton pensó que, a poco que insistiera, Edna no sentía el menor escrúpulo en dejarse pillar de nuevo en una dulce trampa como la que le había tendido el «Bello» Paul.

«Pero sin fotografías comprometedoras», se dijo.

Sin embargo, consiguió vencer la tentación. Edna se separó de él, ligeramente ruborizada.

—Es usted muy simpático —dijo—. Me gustaría verle de nuevo.

—Algún día, señora Endicott.

Ella le tendió la mano, finamente enguantada.

—Entre once y una de la mañana es una hora muy adecuada, para llamarme por teléfono, sin que nadie escuche cosas que no le importan —se despidió.

—Lo recordaré, señora...

—Edna, por favor.

Chatterton consiguió al fin quedarse solo.

—¡Uf! —dijo, mientras movía la mano, como si quisiera despojar

la atmósfera—. Hay mujeres que no escarmientan nunca...

Luego empezó a meditar en la forma mejor de dar con el «Bello» Paul, sobre todo, a una hora en que nadie pudiera interrumpirles la conversación.

Especialmente, porque era muy probable que, al terminar el diálogo, Paul Welles hubiese perdido buena parte de la belleza varonil de la que tan orgulloso se sentía y que le permitía tantos éxitos con las mujeres.

En aquellos momentos, Vera Crain estaba hablando por teléfono con Paul Welles.

—No le conozco a usted... —decía la muchacha.

—Señorita, yo era un gran amigo de su hermana. Iría a verla en persona, pero ayer, jugando un match de tenis, me torcí un tobillo y apenas puedo caminar. Tengo algo interesante que decirle, créame.

Vera consultó su reloj.

—Es ya un poco tarde —manifestó—. ¿Le parece bien, mañana a las doce?

—Magnífico, señorita Crain. Muchas gracias por haber atendido mi llamada.

Vera colgó el teléfono sumamente pensativa. ¿Qué era lo que tenía que decirle Paul Welles?

Por unos segundos, se sintió tentada de llamar a Chatterton. Luego, recordando la despedida de aquella misma mañana, abandonó la idea.

—¡Que se vaya al diablo! —exclamó, todavía muy furiosa con el detective.

Encendió un cigarrillo. Su mirada se paseó circularmente por la sala.

¿Dónde podrían estar los documentos que le había mencionado Lottie en la última entrevista?

Tendría que seguir buscando..., suponiendo que el esfuerzo que pensaba realizar mereciese la pena. Pero no debía desistir, hasta tener la irrefutable seguridad de que los documentos no estaban en la casa.

CAPÍTULO VII

El hombre que abrió la puerta al día siguiente era alto, bien parecido, de pelo negro, ligeramente rizado y sonrisa muy atractiva. Vestía solamente una bata corta, de estilo oriental, y se apoyaba en un bastón.

—¿Señorita Crain?

—Sí, yo misma —dijo ella.

—Pase. Soy Paul Welles. No sabe cuánto le agradezco que haya venido.

—Yo también agradezco su llamada. Y chora, dígame de qué se trata.

El «Bello» Paul se cambió el bastón de mano. Un poco extrañada, Vera observó que el bastón terminaba en una aguda contera de hierro. ¿Por qué no en una contera de goma? Tal vez era un bastón de excursionista... o una posible arma contra intrusos indeseables.

Vera observó también que había una gran cortina que dividía la sala en dos partes. De pronto, Welles se acercó a una mesita y destapó un pequeño frasco de vidrio, del que brotó en el acto un tenue vapor.

—Señorita Crain, usted trabaja para Burton Publishers, en Chicago, me parece —dijo Welles.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con...?

Welles sonrió de un modo peculiar. De pronto, el bastón quedó apoyado sobre la mesita. Luego, con la mano izquierda, descorrió las cortinas de golpe.

Atónita, Vera divisó una gran cámara fotográfica y un par de focos. Welles tomó con la mano izquierda un cable, rematado en una caja de control, y apretó una tecla.

Los focos se encendieron de inmediato. Luego, de súbito, Welles sacó un revólver y encañonó a la muchacha.

—Señorita Crain, si no ha hecho en su vida un *strip-tease*, ya

puede empezar a hacerlo —dijo con voz repentinamente dura—. ¡Vamos, quítese las prendas una por una!

Vera abrió la boca, enormemente indignada por lo que acababa de escuchar. Demasiado tarde se dio cuenta de que la llamada de Welles no había sido sino una vil encerrona.

—¡No lo haré! —gritó, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Welles le cerró el paso, con el frasco de cristal en la mano izquierda.

—Es vitriolo —dijo.

Vera retrocedió un par de pasos, aterrada.

—Pero..., ¿por qué? —preguntó.

—Señorita Crain, voy a decirle una cosa. Las fotografías que voy a tomarle no serán publicadas jamás en ninguna parte. Pero si usted insiste en seguir haciendo cosas que no nos agradan, enviaremos las fotografías a Burton Publishers. ¿Se imagina lo que dirá el director de su agencia?

Ella se irguió orgullosamente.

—Contaré la verdad...

—¿La creerán? —se burló el «Bello» Paul.

—Está usted bien informado de mi vida, señor Welles —dijo Vera.

—Me gusta estar bien informado del adversario.

—Ah, me considera un adversario...

—En cierto modo.

—Eso significa que está complicado en el asesinato de mi hermana.

—¡Basta! —cortó Paul secamente—. Empiece a quitarse la ropa.

Vera meditó un instante. No le agradaba en absoluto la idea de quedarse desnuda delante de aquel repulsivo sujeto. Pero no podía hacer otra cosa por el momento.

Además, mientras pasaba el tiempo, podía encontrar quizá el modo de escapar de aquella encerrona.

—Muy bien —dijo.

Iba vestida con un sencillo traje de hilo, de manga corta, ya que el día había amanecido espléndido. Dejó el bolso a un lado, echó las manos atrás y bajó el cierre de cremallera.

El vestido cayó a sus pies. Welles tomó la primera fotografía.

—Siga —ordenó.

Vera quedó momentos después solo con el sujetador y los pantaloncitos de encaje.

—No lleva medias —observó Welles, defraudado, mientras accionada el disparador de la cámara por el control remoto.

—Hace un tiempo estupendo —respondió ella secamente.

—Lástima, habría resultado muy atractivo...

—Usted tiene mucha experiencia, ¿verdad?

Welles sonrió.

—Alguna —admitió—. Vamos, continúe.

Vera se mordió los labios, a la vez que llevaba las manos a la espalda, para soltar la presilla del sujetador. De repente, lanzó una exclamación:

—¡Eh, que se abre la puerta!

Welles se sobresaltó.

—Está cerrada —gruñó.

—Yo la he visto abrirse —insistió ella—. Alguien ha abierto un instante y luego ha cerrado. Está en el pasillo.

El «Bello» Paul pareció sentirse preocupado. Caminó de lado hacia la puerta y abrió, para lanzar una mirada al pasillo.

—No hay nadie —dijo, malhumorado.

Al volverse, se encontró con el frasco de vitriolo a dos palmos de su cara.

—Tire el revólver —ordenó la muchacha.

Welles lanzó una horrible interjección. Vera sonrió.

—Es usted muy guapo. De acuerdo, puede disparar contra mí, pero no lo hará antes de que le abra la cara —dijo.

El revólver cayó al suelo. En aquel instante se abrió la puerta.

—¡Chatterton! —gritó la joven.

Welles se revolvió furioso, Chatterton, en el umbral, se detuvo, completamente desconcertado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—¡Vaya, quién lo hubiera dicho! —exclamó.

—Rex, esto no es lo que usted piensa —dijo ella, sofocada hasta el nacimiento del seno.

Welles maldecía profusamente. Chatterton vio el revólver caído sobre la moqueta y luego captó la imagen de un frasco humeante en la mano de la muchacha.

—Ceje eso —dijo ásperamente.

—Ni hablar —contestó Vera—. Ese tipo me ha obligado a desnudarme, bajo la amenaza de un revólver y este frasco lleno de vitriolo.

—Pero... ¿cómo diablos llegó aquí?

—El me llamó. Dijo que tenía algo importante que contarme acerca de mi hermana.

—¿Y no acudió a su casa?

—Bueno... decía que se había lesionado al jugar al tenis...

Chatterton sonrió, divertido.

—Una bonita situación —comentó—. Paul, ayer estuve hablando con una de tus víctimas. Edna Endicott, ¿lo recuerdas?

Welles se irguió, pero no dijo nada.

—Eres un sucio y asqueroso chantajista... Vera, déme ese frasco.

Ella obedeció y corrió a vestirse. Chatterton quedó situado frente a Welles.

—Paul, voy a hacerte una pregunta —dijo—. Contéstame o te dejaré la cara de tal modo, que toda mujer que te vea sentirá ganas de vomitar en el acto.

El rostro de Welles estaba inundado de sudor. Ni siquiera se atrevía a mover un párpado, temeroso de provocar la reacción del detective.

—Ha... hable... —tartamudeó.

—Sueles conquistar a mujeres ricas, a las que luego extorsionas con fotografías tomadas en situaciones críticas, sin que ellas lo sepan. Pero tú no eres sino un asalariado. ¿Quién es tu jefe?

—Ryles. Yo..., yo le entrego las fotografías...

—Vera, usted trabaja en una agencia de publicidad. Descargue la cámara —ordenó el joven.

—Con muchísimo gusto —respondió ella, ya vestida.

Minutes después, Vera enseñaba la película desenrollada, Chatterton sonrió.

—Mis ojos no se han velado —comentó, jovial.

—¡Grosero! —le apostrofó ella.

—Ande, quite las balas a ese revólver. Es decir, si sabe...

—No soy una ignorante —respondió Vera, muy picada.

Cuando la joven hubo terminado la última operación.

Chatterton inclinó el frasco y derramó el vitriolo sobre la costosa

moqueta, que empezó a humear de inmediato. Luego, el fraseo vacío fue a parar a un rincón.

Welles lanzó un rugido de rabia. Súbitamente, Chatterton movió el brazo derecho. Su mano, de revés, golpeó duramente el rostro de Welles, quien se desplomó al suelo, sangrando aparatosamente por boca y nariz.

—Vámonos, chica —dijo Chatterton.

Vera inspiró profundamente al salir a la calle.

—Me siento terriblemente avergonzada —dijo—. Usted me ha visto...

—Oiga, no irá a decirme que no ha usado nunca un traje de baño de dos piezas.

—Sí, pero la ropa interior es distinto...

—Lo que importa es lo que hay debajo —dijo él, malicioso...

—¡Desvergonzado! Si no fuese porque ha llegado tan a tiempo...

—Usted parece capaz de defenderse sola.

—Sí, pero no hubiera podido vestirme, porque habría tenido que dejar el vitriolo en alguna parte.

—Eso sí es cierto. Bueno, lo importante es que las fotografías no serán vistas por nadie. Aunque, me pregunto, ¿por qué lo hizo?

—Dijo que las enviaría a mi agencia si no dejaba de meter las narices donde no me importaba. —Vera se puso colorada de nuevo al pensar en la forma en que Chatterton la había visto—. Pero ¿cómo podía estar tan bien informado sobre mi vida?

—Eso me interesa mucho menos que otro problema, realmente mucho más preocupante —dijo él.

Vera se volvió para mirarle.

—No acabo de entenderlo —dijo—. ¿Le parece poco todo lo que está sucediendo? ¿Qué puede haber más preocupante?

Chatterton se había sentado tras el volante de su coche, pero aún no había dado el contacto. Movi6 la cabeza con aire pesimista:

—En apariencia, se trata de un vulgar asunto de chantaje a base de fotografías comprometedoras —dijo—. Pero me temo que hay mucho más detrás de todo esto. Sí, es un negocio que puede rendir mucho dinero, aunque menos del que parece a primera vista. ¿Y si no, por qué fueron a ofrecerme veinticinco mil dólares para que abandonase el caso?

Vera saltó en su asiento.

—¿Ha dicho veinticinco mil? ¿Quién se los ofreció?

—Harmon MacNeil. Es el brazo derecho y factótum de Ryles, una especie de secretario general de sus muchos y variados negocios, ninguno de los cuales puede considerarse dentro de la ley. Ryles no ofrecería una suma semejante, si no se tratase de un asunto de gran envergadura.

—Y no se le ocurre nada al respecto —dijo Vera.

—No, en absoluto, salvo que lo que dije de su hermana, por mucho que le duela, es cierto.

Vera apretó los labios.

—Tendré que hacerme a la idea de que no era tan buena como yo pensaba —murmuró.

—No era mala. Lo que sucede es que tropezó con algo muy superior a sus fuerzas. —Chatterton hizo arrancar el motor y el coche empezó a rodar—. Tendré que volver a hablar con cierta dama a la que sus entrevistas con el «Bello» Paul no han escarmentado.

—¿Puedo saber quién es?

—Sí, claro, no tengo por qué ocultarlo. Se llama Edna Endicott.

—¿Casada?

—Usted conoció a su esposo el primer día de su llegada a Heaven Falls.

—Oh, es cierto, lo había olvidado. Debe de tratarse de una mujer muy guapa.

—Psé, corrientita.

Vera rió maliciosamente.

—Miente muy mal, Rex —dijo—. Pero no puedo impedirle que la vea.

—¿Lo haría si pudiese?

—Yo no soy la señora, Chatterton —respondió ella, sin dejar de sonreír—. Pero ya me contará el resultado de la entrevista con esa volcánica mujer.

—Eso espero —dijo Chatterton, aunque también pensó que podría conseguir nuevos detalles de la rubia que no se veía los pies al ducharse.

Paul Welles lanzó una sorda imprecación al contemplar el boquete que el ácido había hecho en la moqueta. Luego vio el rollo de película, caído en el suelo, y volvió a maldecir.

De pronto, se abrió la puerta. Welles se volvió en el acto.

—Ah, es usted —dijo, tranquilizado, al reconocer a su visitante.

—¿Tengo cara de ser otro? —preguntó el individuo, con acento lleno de sarcasmo—. ¿Dónde están las fotografías de la chica?

Welles pateó la película que se enrollaba sobre la moqueta.

—Ahí están —dijo—. Vino Chatterton y ella sacó el rollo de la cámara.

El visitante arqueó las cejas.

—De modo que Chatterton ha estado aquí —murmuró.

—Sí. Yo había conseguido que ella se quitase ya casi toda la ropa. Pero entonces, ese maldito entrometido...

—¿Cómo pudo entrar, sin avisar?

—¿Cómo ha entrado usted?

—Eso sí es cierto —convino el visitante con plácido acento—. De modo que Chatterton ha descubierto el pastel.

—Hasta cierto punto, solamente. Yo no pronuncié ningún nombre —mintió Welles.

—Eso está muy bien. Paul, tengo sed.

—Oh, dispense; no había reparado... ¿*whisky*?

—Sí, con hielo, por favor.

—Aquí no tengo. Iré al frigorífico.

Welles abandonó la sala, El visitante sacó unos guantes y se los puso rápidamente.

Pasaron unos minutos. Welles volvió a poco con un recipiente lleno de cubitos de hielo.

—Ahora le servirá...

De repente, vio que el visitante se tiraba a fondo, empuñando el bastón de contera de hierro.

—¡No! —aulló.

El bastón penetró profundamente en su cuerpo. Welles abrió los brazos y cayó de espaldas, agarrando, frenéticamente el palo que había atravesado su corazón por completo. Todavía pateó un poco, pero se quedó quieto muy pronto.

A continuación, el visitante sacó un pañuelo. Había dejado huellas en el pomo de la puerta y las borró. Momentos después, abandonaba el lugar, sin dignarse arrojar una sola mirada al hombre que ya había dejado de ser el «Bello» Paul.

CAPÍTULO VIII

Lisa John abrió la puerta, reconoció al hombre que tenía frente a sí y saltó impulsivamente a su cuello.

—¡Cariño, qué sorpresa tan agradable! —exclamó.

Chatterton sonrió, mientras la alzaba en brazos.

—Éste sí que es un recibimiento digno de ser recordado toda la vida —manifestó.

Lisa le besó volcánicamente.

—No te esperaba, por eso no estoy arreglada...

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Claro que no, cariño. ¿Te apetece algo de beber?

—¿Tendrá que soltarte para que prepares un trago?

Ella rió con fuerza.

—Ya te dejaré que me hagas tu prisionera más tarde —manifestó.

—Es una perspectiva encantadora —aseguró Chatterton.

Lisa corrió a preparar las bebidas. Luego volvió junto al joven.

—De todos modos, estoy seguro de que no has venido a verme solamente por estar un rato conmigo —dijo.

—Tienes razón —admitió él—. Lisa, estoy preocupado.

—¿Por qué?

—El asunto de las fotografías.

—Asqueroso —calificó ella.

—Cierto, pero esconde algo mucho más importante.

—¿Tú crees?

—¿Conoces a Harmon MacNeil?

Lisa se estremeció.

—Es una serpiente —dijo.

—Lo sé. Pero ¿por qué tenía que ofrecerme veinticinco mil dólares por abandonar este caso?

—¡Diablos!

—Veinticinco mil diablos —puntualizó Chatterton, sonriendo.

—Es mucho dinero, tú.

—Lo sé. Lisa, tú has tenido que oír cosas a la fuerza. Me gustaría, aunque sólo fuese un nombre, que recordasen el de alguna persona mezclada en este asunto.

Ella pareció concentrarse en sí misma.

—Kent Wallace —dijo al fin.

—¿Wallace?

—Sí, el mismo. Aquí es un pez gordo...

—Lo sé. Es el propietario o, por lo menos, el principal accionista de Wallace

Works & Buildings,

la más poderosa empresa constructora en muchos cientos de millas a la redonda. Pero ¿qué has oído de él?

—Nada en concreto. Una vez escuché su nombre de labios de Magda Brook. No puntualizó gran cosa, pero yo deduje que andaba enredada con Wallace.

—Eso podría ser muy interesante —murmuró Chatterton.

—¿Por qué?

—Fotografías. Wallace es hombre de mucha «pasta».

—Tienes razón. Quizá le estrujaron después...

—Y Magda, tal vez, murió para que no descubriese el asunto.

—Es posible, Rex.

Chatterton meditó unos segundos.

—Quizá resulte interesante hablar con Wallace —dijo.

—Podrías conseguir algo, en efecto —admitió Lisa—. Pero ¿lo vas a hacer ahora? Hablar conmigo también tiene atractivos, creo.

Chatterton miró a la rubia y sonrió. Lisa Johns era el tipo de belleza espectacular, un poco tonta, pero sincera y agradable cuando se la conocía un poco. Posiblemente, era también un tanto voluble, pero no cabía duda de que sentía hacia él una auténtica simpatía.

—Muchos atractivos —convino.

Los blancos brazos de Lisa se enroscaron en torno al cuello masculino. Ella le mordisqueó unos instantes el labio inferior; luego, pegó su boca a la del visitante con verdadera ansia.

Cuando llegó a su casa, ya anochecido, Chatterton vio luces en

la sala. Miró a través de una de las ventanas y se sintió muy sorprendido al divisar a Vera Crain, sentada en un butacón, con las piernas cruzadas y un libro en las manos.

Abrió la puerta. Ella le miró penetrantemente.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó Chatterton.

—La puerta posterior estaba abierta —respondió ella.

—Lo que hay aquí es de poco valor. No tengo documentos importantes y nunca llevo encima más de treinta o cuarenta dólares. Si le parece bien, y puesto que ya es un poco tarde, le prepararé unos bocadillos. Yo ya he cenado por el camino.

—¿Solo o acompañado?

—Lo segundo —contestó él, sin pestañear.

—Mujer, claro.

—Para mí, siempre son muy atractivas. ¿Qué prefieres de cena?

—Nada, gracias, no tengo apetito. Me lo ha quitado la noticia que he leído en el Evening.

Vera señaló el diario que estaba sobre la mesita. Chatterton se acercó, a la vez que decía:

—A mí no se me ha ocurrido comprar el diario de la tarde.

Desplegó el periódico. Casi en el acto, soltó una exclamación.

—Horrible, ¿no? —comentó Vera.

Chatterton la miró por encima del periódico.

—Le clavaron el bastón —dijo.

—Debió de ser algo espeluznante. Pero nosotros estuvimos ayer por la tarde con él y, aunque le mataron antes de que se hiciera de noche, el cadáver no ha sido descubierto hasta el mediodía. Un conocido suyo fue a visitarle... y se encontró con el espectáculo.

—Nada agradable, por supuesto. Vera, puede que nos relacionen con este asunto.

—Nosotros no lo hicimos.

—Tal vez alguien nos vio entrar en la casa. Es probable que nos interroge la policía. Diga la verdad de lo que pasó.

—No nos creerán.

—Tenemos que hacerlo así. Mentir sería peor. Por fortuna, ni usted ni yo tocamos el bastón. De lo contrario, nos veríamos en una situación comprometidísima.

Ella asintió, muy preocupada.

—Rex, ¿quién le mató? —murmuró.

—Diga mejor por qué. Eso es casi tan interesante como conocer el nombre del asesino.

—Bien, entonces, ¿cuáles fueron los motivos? —La película velada.

—Creo que comprendo. Paul tenía que conseguir esas fotografías mías. Al no haberlo logrado, cometió un fallo... y alguien no perdonó ese fallo.

—Exactamente. Bien, ¿le preparo algo de cenar?

—Cenaré en mi casa —declaró—. Por cierto, ¿le importaría decirme qué ha estado haciendo toda la tarde?

—He conseguido unos informes muy interesantes. Vera, creo que en este asunto hay algo más que un chantaje a base de fotografías comprometedoras.

—¿Usted cree?

—Sin duda alguna. Pero, por ahora, no puedo decirle nada más. Ella se encaminó hacia la puerta.

—No deje de llamarme cuando sepa otras cosas —se despidió.

—De acuerdo.

Vera había abierto ya la puerta. De pronto, Chatterton recordó algo y la llamó.

—¿Sí? —dijo la chica.

—¿Sigue buscando los documentos que le mencionó Lotte?

—Sólo me falta ya derribar los tabiques de la casa, pero, hasta ahora, no he encontrado nada —respondió Vera.

—Insista. Esos documentos podrían ser la clave del enigma.

Vera hizo un leve gesto con la cabeza. Cerró la puerta y desapareció de la vista de Chatterton.

Al quedarse solo, Chatterton encendió un cigarrillo. Luego tomó el periódico y se sumió en la lectura de la noticia de la muerte del «Bello» Paul.

Desde el otro lado de su enorme mesa de despacho, W.

W. Endicott

miró con frialdad al visitante.

—Despache pronto, señor Chatterton —dijo—. Tengo mucho trabajo. Mi tiempo está contado.

—Como el de todos. —Chatterton se sentó desenvueltamente en una esquina de su mesa—. Hábleme de Lottie Crain, por favor.

El rostro de Endicott tomó el color de la púrpura.

—No tengo nada que decir de esa zorra, afortunadamente en los infiernos —contestó.

—Fue su amante.

—Chatterton, quiero que sepa una cosa. Si piensa apretarme las clavijas con esa historia, pierde el tiempo. La persona más directamente interesada en el asunto, es decir, mi esposa, lo sabe ya, porque se lo confesé yo y me ha perdonado. Además, no es cosa de otro mundo. En un momento u otro, todos caemos alguna vez.

—Y nos levantamos —sonrió el visitante—. Pero me gustaría saber lo que hubo entre usted y Lottie cuando ella le enseñó ciertas fotografías comprometedoras.

Endicott soltó un estentórea carcajada.

—¿Quién le ha contado semejante historia? ¡Es absurdo! Jamás existieron esas fotografías —contestó.

—En tal caso, no cabe la menor duda de que es un hombre afortunado. Le felicito, señor Endicott. Ah, por cierto, ¿puedo conocer el nombre de la persona con quien iba a encontrarse en el departamento de Lottie, después de la muerte de ésta?

—Eso es algo que no le interesa a usted en absoluto —contestó el sujeto con sequedad.

—Opino de distinta manera que usted, pero, claro, no le puedo forzar a que me dé una respuesta. De todos modos, gracias por haber accedido a recibirme y perder unos minutos de su precioso tiempo.

Chatterton se apeó de la mesa y abandonó el despacho. Cuando abría la puerta, un hombre se cruzó con él.

Parecía muy furioso. La secretaria del antedespacho trató de excusarse ante su jefe:

—Señor Endicott, yo..., el señor Wallace no ha querido escucharme...

—No se preocupe, Fanny —dijo Endicott con cierta benignidad en la voz—. Yo atenderé al señor Wallace.

Chatterton miró a la secretaria, cuyo rostro aparecía muy colorado.

—Wallace tiene muy malas pulgas —comentó jovialmente.

—Algo le ha puesto muy furioso, aunque no sé exactamente qué pueda ser —respondió la chica.

—¿Son socios?

—Oh, no. Además, el señor Wallace sólo ha venido aquí en un par de ocasiones...

—Apuesto algo a que no ha salido nunca muy contento de sus entrevistas con Endicott.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Chatterton sonrió enigmáticamente.

—Lo supuse, simplemente —respondió—. Muchas gracias, señorita.

Kent Wallace salió a la calle un cuarto de hora más tarde. Todavía había en su rostro señales de la cólera que le había causado la entrevista con Endicott.

Abrió la portezuela de su coche y se sentó tras el volante. Entonces oyó una voz en el asiento posterior:

—Endicott aprieta con fuerza, ¿verdad?

Wallace respingó primero. Luego se volvió, chillando:

—¿Qué diablos hace usted aquí? ¡Salga del coche inmediatamente!

—No tengo prisa —sonrió Chatterton—. No quiero hacerle ningún daño, ni robarle ni... Lo único que me interesa es saber de qué han hablado usted y Endicott.

—Negocios. Y eso no le interesa a usted en absoluto.

—Apostaría algo a que Endicott no le ha encargado precisamente la construcción de un edificio comercial. ¿Me equivoco?

Los ojos de Wallace se entornaron.

—A usted le conozco yo —dijo.

—Rex Chatterton, detective privado.

—Y asesino.

—Fui absuelto.

—Pero mató a un hombre.

—No lo negué nunca. Sin embargo, no estoy aquí para hablar de mis cosas. Usted conocía a Magda Brock.

Wallace saltó en el asiento.

—¿Cómo lo sabe? —gritó.

—Algunas mujeres no son tan discretas como pensamos —contestó Chatterton plácidamente—. Magda citó su nombre delante de una amiga... y esa amiga lo es mía.

—Aquello se acabó hace tiempo —gruñó Wallace.

—Por culpa de unas fotografías, me imagino.

—¡Sí, pero pagué y se acabó, repito!

Chatterton abrió la portezuela posterior del coche.

—Me gustaría creerle, pero ya hablaremos de este asunto en mejor ocasión —se despidió.

Wallace arrancó como si le persiguieran, cien legiones de diablos. Chatterton sonrió un poco y luego se encaminó a su coche.

Abrió la portezuela y se sentó tras el volante. Apenas lo había hecho, oyó una voz tras él:

—Siga por donde yo le indique, Chatterton. Hay una pistola apuntándole, de modo que lo mejor será que no haga tonterías.

—A usted no le conozco yo, amigo —dijo el joven, después de reponerse de la sorpresa recibida.

—Me llamo Bud Shaftee, aunque eso no importa demasiado. Lo que importa es que el jefe quiere verle.

—¿Ryles?

CAPÍTULO IX

El viaje duró una hora larga, al cabo de la cual, Shaftee detuvo el coche frente a la puerta enverjada de una residencia campestre, situada en un lugar aislado. La puerta se abrió, movida por control remoto, desde el interior del lujoso edificio que se veía al fondo, entre los árboles del bien cuidado jardín, que, por sus dimensiones, parecía un pequeño parque. Chatterton supuso que además del mando eléctrico de cierre y apertura de la puerta habría cámaras de televisión, que informaban a los moradores de la casa sobre la personalidad de los visitantes.

—Está bien, puede apearse —dijo Shaftee segundos después.

Chatterton cerró el contacto. MacNeil se hizo visible en la puerta de la casa.

—Gracias por haber venido, Chatterton —dijo irónicamente.

—Oh, pero si estaba deseando llegar aquí —contestó el joven en el mismo tono—. Mac, el jefe vive como un potentado —añadió.

—De cuando en cuando, le agradaba la tranquilidad y el aire puro. Sígame, por favor.

Chatterton entró en la casa, Caitt le miró torvamente en el amplio vestíbulo. Una escalera en medio caracol arrancaba a la izquierda, para llegar al primer piso. No cabía la menor duda de que Ryles había sabido elegir un buen colaborador.

MacNeil le siguió hasta una sala, lujosamente amueblada, en la que se hallaba Ryles, vestido con batín de seda y pañuelo blanco al cuello. Ryles preparaba unas bebidas en aquellos momentos.

—Hola, Chatterton —saludó tranquilamente.

—¿Qué tal, Nick?

Ryles tomó dos vasos y ofreció uno al joven.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Sí, eso me imagino. —Chatterton estudió un instante el rostro del dueño de la casa. Era duro, granítico y en sus ojos no había una

chispa de piedad—. ¿Sigue en pie la oferta? —preguntó.

—Sí, aunque la he rebajado a diez mil.

—Vaya devaluación...

—Es que he pensado que veinticinco mil son demasiados para un tipo de su clase, Chatterton —contestó Ryles, sin pestañear—. Además, ahora no pienso admitir ninguna negativa. Tomará el dinero y se marchará de la ciudad.

Chatterton dejó el vaso a un lado.

—¿Qué pasará si me niego? —contestó.

—La piscina está en obras. Dentro de dos horas, taparemos con cemento un hueco que hay en el fondo. Nadie sabrá jamás que su cadáver reposa en ese lugar.

—Nick, no me ponga los pelos de punta.

—Estoy hablando absolutamente en serio, Chatterton.

Ryles se acercó a una mesa, tomó un paquete envuelto en papel de embalar y lo lanzó hacia el joven. Chatterton no hizo el menor ademán por coger el paquete, que chocó contra su pecho y resbaló hasta el suelo.

Sobrevino un instante de silencio.

—Harmon, el señor Chatterton se niega a aceptar el trato que le propongo —dijo.

—Ya lo he oído —contestó MacNeil.

—Entonces...

Chatterton alzó una mano.

—No tan de prisa, hombre —dijo—. Creo que antes de que empiece el jaleo, deberíamos hablar un poco.

—Ya está todo hablado —contestó Ryles secamente.

—Sí, excepto que no sé quién mató a Robbins ni a Paul Welles. Y puesto que voy a morir, ¿por qué no me lo dice?

Ryles sonrió con aire burlón.

—Eso no le servirá de nada en el otro mundo —dijo—. Harmon, llama a los muchachos.

—Sí, señor.

La puerta se abrió momentos después. Caitt y Shaftee aparecieron, empuñando sendas pistolas.

—Ya sabéis lo que se ha de hacer —dijo Ryles.

—Sí, jefe —contestó Caitt—. Vamos, Chatterton.

—¡Espere un poco, hombre! —exclamó el joven—. Todavía

puedo aceptar el trato...

—Ya es tarde. Ahora el que no quiere ningún trato soy yo. ¡Vamos, fuera de una vez! —bramó Ryles.

Una pistola tocó el costado derecho de Chatterton.

—Vamos, andando —dijo Shaftee.

Chatterton apretó los labios.

El jardín era lo suficientemente amplio para que los esbirros pudieran dispararle sin que nadie lo viese. Los estampidos no se oirían; las residencias más próximas estaban a mil metros de distancia, por lo menos.

Y cuando el fondo de la piscina hubiese recobrado su lisura habitual, ¿quién podría decir que debajo de las aguas había un cadáver?

Caitt le empujó rudamente. Chatterton se prometió a sí mismo no dejarse matar como un perro.

Esperaría a hallarse fuera de la casa. Ahora tenía que enfrentarse con cuatro hombres. Eran demasiados.

Salieron al vestíbulo. De súbito, se oyó un chillido agudísimo:

—¡Fuego, fuego!

La voz procedía de una de las puertas que daban a las habitaciones de servicio. Bruscamente, la puerta se abrió y un chorro de llamas asomó al vestíbulo.

Chatterton no desaprovechó la ocasión. Caitt y Shaftee parecían aturdidos por la sorpresa. Girando en redondo, golpeó al primero con la rodilla, tirándole de espaldas. Shaftee empezó a levantar la mano armada, pero, en el mismo instante, otra mano se la desvió con un tremendo golpe. Luego, Chatterton arremetió con la cabeza gacha y estrelló su frente contra la nariz del pistolero.

Shaftee emitió un grito de angustia y se tambaleó. Chatterton levantó el pie, golpeándole en la ingle con la puntera del zapato. Shaftee se desplomó, aullando horriblemente.

Ryles y MacNeil habían aparecido en la puerta del despacho, completamente desconcertados, sin saber qué hacer. Las llamas parecían aumentar. Ninguno de ellos comprendía cómo se había producido el incendio.

Chatterton no se entretuvo tampoco en averiguar las causas del fuego. Caitt empezaba a levantarse, pero le derribó de nuevo con un tremendo rodillazo en la cara. Luego echó a correr a toda velocidad.

Cuando salía fuera, una voz llamó su atención desde la esquina inmediata:

—¡Por aquí, Rex!

Chatterton giró la cabeza. Enormemente asombrado, reconoció a Vera.

—Pero ¿qué diablos...?

—¡Vamos, dése prisa!

El joven corrió detrás de ella. Vera le guió hasta la parte posterior de la tapia, en la que había una puertecita de hierro entreabierta.

—Esto me parece un milagro —comentó él, una vez en campo abierto.

—Si no nos damos prisa, no habrá milagro.

Vera iba vestida con un *pullover* muy fino y pantalones, lo que le permitía una completa libertad de movimientos. Contornearon la tapia, pero, en lugar de dirigirse al camino, directamente, ella le guió a través de un trozo de bosque particularmente espeso.

Al otro lado había un coche. Vera saltó al volante, dio el contacto y maniobró, haciendo chillar las ruedas. Un segundo después, salía disparada en dirección a la ciudad.

Chatterton dejó escapar el aire de sus pulmones al emitir un hondo suspiro.

—Sigue pareciéndome un milagro —dijo, mientras buscaba los cigarrillos.

—Deme uno encendido —pidió Vera—. No se vaya a creer, he pasado un miedo espantoso.

—Sí, me lo imagino. ¿Querrá contarme...?

—No es por alabarme, pero le estuve siguiendo todo el día —dijo la chica, después de exhalar la primera bocanada de humo—. Vi que hablaba con un tipo en su coche y que luego se metía en el suyo.

—Y me siguió también, claro.

—Sí. Rex, ¿quién era aquel tipo?

—Kent Wallace. Posee una constructora de envergadura, pero parece que anda en conflictos con Endicott.

—¿Qué conflictos?

—No lo sé, no fue muy explícito. Pero yo lo averiguaré, descuide. Ahora quiero que me cuente lo que hizo usted.

—Bueno, cuando vi que se metía en la casa, empecé a pensar en la mejor forma de continuar siguiéndole. Puesto que no podía entrar por la puerta principal, di la vuelta completa, buscando un lugar de la tapia que me permitiera salvarla. Entonces hallé la puertecita posterior. Alguien se descuidó y no la cerró con llave.

—Siga, por favor.

—Me acerqué a la casa y llegué justo en el momento en que Ryles le tiraba algo, sin que usted lo recogiera. Supongo que era dinero.

—Sí, pero ahora había rebajado la cifra a diez mil.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Debió de pensar que veinticinco mil era demasiado. Vamos, continúe su relato.

—Bueno, busqué la entrada posterior y llegué a la cocina. En estas casas, siempre hay luces de emergencia. Encontré un quinqué de petróleo, lo encendí, grité «fuego»... Me parece que llegué a tiempo, ¿no?

—Caída del cielo —rió él—. ¿Sabe dónde estaba mi sepultura?

—En el jardín, claro.

—No, en el fondo de la piscina, debajo de dos metros de cemento.

Vera sintió un terrible escalofrío.

—¡Qué salvajes! —masculló.

Chatterton apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Vera, estoy pensando una copa —dijo—. Ryles tiene miedo.

—¿Miedo?

—Sí. No sé exactamente a qué teme..., pero es indudable que, a partir de ahora, hará todos los esfuerzos para que no se aclare el enigma de la muerte de Lottie.

—Bueno, el asesino ya murió...

—Pero Ryles está libre y se siente como si tuviera la espada de Damocles sobre su cabeza. En cualquier momento, alguien puede cortar el hilo y la espada caería sobre él.

—Eso significa que Ryles no actúa sólo en este asunto.

—Es lo que yo opino. Vera. —De pronto, Chatterton se dio una palmada en la frente—. ¡Mi coche! —exclamó.

—Se ha quedado en la casa de Ryles, ¿no?

—Claro...

—Rex, usted ha salvado la vida, de modo que no se preocupe por una minucia. ¿Cuál es el siguiente paso?

Chatterton meditó unos segundos. Luego dijo:

—Quizá me convenga concertar una cita con una persona.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Guapa?

—Psé, puede mirársele a la cara.

Súbitamente, Vera paró el coche. Chatterton la miró asombrado.

—¿Qué sucede? —exclamó.

—¡Bájese inmediatamente! —ordenó ella.

Chatterton sonrió un instante. Abrió la portezuela y salió fuera del coche. Vera arrancó de inmediato, con un fuerte pisotón al pedal del gas.

Una extraña sonrisa apareció en los labios del joven. Luego, filosóficamente resignado, se colgó un cigarrillo de los labios y, con las manos en los bolsillos, emprendió a pie el camino de regreso.

Por fortuna, un cuarto de hora más tarde se detuvo a su lado una camioneta de reparto, cuyo conductor se asomó por la ventanilla de la cabina, con una expresión socarrona en el rostro.

—Caminar a pie no es bueno para la salud, amigo —dijo.

—Los médicos aseguran que sí —sonrió Chatterton.

—Yo me refería a la salud de los fabricantes de automóviles —rió el conductor.

—Si se mira bajo ese punto de vista, tiene usted toda la razón del mundo, amigo —convino el joven, mientras abría la portezuela de la cabina.

Edna Endicott tomó asiento, cruzó las piernas provocativamente y, al mismo tiempo, lanzó la estola de piel a un lado, a fin de dejar al descubierto el espectacular escote de su ceñidísimo vestido. Con sonrisa insinuante, aceptó la copa que le tendía su anfitrión y dijo:

—Ha podido comprobar que no soy mujer que se demore al acudir a una cita, señor Chatterton. ¿O puedo llamarle Rex?

—Será un placer, señora...

—Mi nombre es Edna, Rex.

—Sí, Edna. Escuche, quiero hacerle unas preguntas...

Ella movió la mano izquierda.

—¿Por qué no se sienta a mi lado?

—Espere un momento. Se trata de su esposo.

Edna se puso seria en el acto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Eso es lo que me gustaría saber. Usted conoce sus negocios.

—No lo crea. Yo disfruto de los beneficios, que no es lo mismo. Lo demás, me importa un bledo —contestó Edna cínicamente.

—¿No comenta el señor Endicott nada con usted, acerca de su trabajo? Por ejemplo, durante la cena... o en otros momentos más...

—No siga por ahí, Rex; es inútil. Sé que W. W. es un hombre de negocios de gran importancia, incluso puedo decirle algunas cosas..., pero eso lo sabe todo el mundo en Heaven Falls. No puedo darle datos de mayor envergadura, porque ni yo mismo los conozco ni tampoco me importan en absoluto. ¿Está claro?

Chatterton ocultó con una sonrisa la decepción sufrida.

—Clarísimo —convino—. Aunque, a pesar de todo, usted pueda quizá decirme algo acerca de Kent Wallace.

—Wallace —repitió ella, muy pensativa—. Ayer, precisamente, mi esposo estuvo hablando con ese tipo.

—¿Le conoce personalmente?

—De vista. Nunca he hablado con él.

—Bien, ¿qué decía su esposo?

—Hablaban de un plazo... Algo así como si diera a Wallace un tiempo para decidirse por algo, pero no sé más...

—Apuesto algo a que su esposo parecía muy enfadado.

—Sí, estaba de un humor de perros —admitió ella—. ¿Cómo lo sabe?

Chatterton sonrió.

—No se preocupe —dijo—. A propósito, la supongo enterada de la muerte del «Bello» Paul.

Edna lanzó un hipócrita suspiro.

—Pobrecillo —dijo.

—¿Cómo? ¿No lamenta su muerte?

Se oyó una risita.

—La vida sigue —contestó Edna—. Bien, ¿por qué no se sienta a mi lado de una vez?

Chatterton dudó unos instantes. Lo que menos sentía en aquellos momentos era deseos de iniciar una aventura amorosa con una mujer que, aunque muy atractiva, se hallaba ya en los linderos de la

madurez. Pero, además, presentía que, si llegaba a ceder, Edna se haría cada vez más y más absorbente y...

De todos modos, la escapatoria era muy difícil. Ya procuraría, en todo caso, salir con bien de aquel asunto.

Sentóse junto a la volcánica visitante. Ella le echó los brazos al cuello, a la vez que murmuraba frases apasionadas.

De pronto, sonó un grito en la puerta:

—¡Señora Endicott, huya, rápido; su esposo está llegando a esta casa!

CAPÍTULO X

Con las manos en las caderas, Vera Crain contempló al perplejo Chatterton. Luego, Vera lanzó una alegre carcajada.

—¡Qué manera de darle a las piernas! —exclamó—. Apuesto a que en su vida ha corrido tanto esa mujer.

Chatterton torció el gesto.

—¿Era necesario hacer eso? —Gruñó.

—¿Cómo? ¿Se enoja, después de que le he salvado de las garras de esa matusalénica vampiresa?

—Edna no es tan vieja...

—Pasa de los cuarenta, hombre —dijo Vera, despectiva—. ¿Es que no tiene ojos en la cara?

—Bueno, yo... Quería hablar con ella y era la única forma de sonsacarle algo...

—Sí, sacrificándose —contestó la chica, burlona—. Bueno, el caso es que se ha largado. Se creyó de veras que venía su esposo.

—Y yo también —dijo Chatterton, malhumoradamente—. Me ha dado un susto de muerte.

Vera volvió a reír.

—Bueno, no se preocupe, todo ha pasado —repuso—. Pero si se siente mal, tome un poco de café...

—Sí, iré a la cocina a prepararlo.

—Ponga agua para dos. Mientras, yo le entraré el coche en el garaje.

Chatterton se volvió bruscamente hacia la muchacha.

—¿Qué ha dicho, Vera?

Ella tenía ya la mano en la puerta.

—He visto su coche estacionado frente a la casa —respondió—. Sin duda, se lo han traído los esbirros de Ryles.

—Sí, seguramente. Mire, será mejor que se encargue usted del café —dijo Chatterton—. Yo llevaré el automóvil al garaje.

—Muy bien, como prefiera.

Chatterton salió de la casa, cruzó el jardín y se detuvo frente al vehículo, contemplándolo críticamente. El garaje, aunque formando cuerpo con el edificio, estaba a un lado, al final de un trozo encementado, de escasa pendiente.

Al cabo de unos momentos, se sentó tras el volante. La llave de contacto estaba puesta.

Diez minutos más tarde, entraba de nuevo en la casa. Vera salió poco después, con una bandeja en las manos.

—El café —dijo.

De pronto, vio un extraño objeto sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Dos cartuchos de dinamita —respondió Chatterton—. Estaban conectados al arranque eléctrico.

Vera sintió que le flaqueaban las piernas. Chatterton le quitó la bandeja de las manos.

—Yo serviré el café —dijo.

—Ha... ha estado a punto de volar por los aires... —dijo la chica, sintiendo una extraña flojedad en las piernas.

—Sí, Vera.

—Pero... ¿cómo lo adivinó?

—Mi oficina está en un lugar céntrico, muy concurrido ordinariamente. Aquí, como puede apreciar, las casas están separadas unas de otras. Una explosión en este barrio, no hubiera causado, probablemente, más que la víctima a quien se deseaba eliminar. La explosión, con más víctimas, se hubiera vuelto, probablemente contra los autores de este plan.

Chatterton entregó a la muchacha una tasa, de café. Vera tenía la cara completamente blanca.

—Todavía no acabo de creerlo... Rex, ¿qué piensa hacer ahora? —preguntó.

El joven sonrió.

—Devolveré la dinamita a su dueño —contestó, enigmáticamente.

En aquel instante, sonó el teléfono.

Era Lisa Johns.

—Rex, tengo que verte en seguida —dijo la rubia.

—¿Qué sucede, Lisa?

—Noticias. Por favor, ven pronto.

—Bien, iré en seguida.

Chatterton tomó un sorbo de café y se encaminó presurosamente hacia la puerta.

—Vera, no se mueva de mi casa —ordenó.

—Se llama Gail Lynne. Hacía algunos años que no nos veíamos y nos encontramos anoche, por casualidad dijo Lisa. —La vi muy alhajada y... Bien, daba la sensación de nadar en la abundancia. Hubo un tiempo en que éramos bastante amigas y nos confiábamos mutuamente los Secretillos... Tú ya me comprendes, ¿verdad, Rex?

—Sí, desde luego. Pero ¿qué te dijo tu amiga?

—Fue durante un tiempo la acompañante de Clay K. Fowler. ¿Te suena el nombre?

Chatterton procuró concentrarse en sí mismo.

—Tengo una idea... Herramientas de alta precisión o algo por el estilo, me parece —dijo al fin.

—Exactamente. Es un negocio muy próspero. Pero Gail me dijo que Fowler parecía hallarse ahora en dificultades.

—No será que ella le ha arruinado —sonrió Chatterton.

—Oh, no, hace tiempo ya que se separaron. Pero hubo una época en que Gail también tomó parte en el asunto de las fotografías.

—Creo que comprendo. Sigue, por favor.

—Bien, a Gail no le gustó aquello y lo dejó, aunque no pudo evitar que a Fowler le sacasen bastante dinero. Sin embargo, fue lo suficientemente sincera para confiarse con él. Fowler es mejor persona de lo que parece y la perdonó, aunque rompieron toda relación entre ambos. Anoche, cuando me la encontré, volvió a salir a relucir el nombre de Fowler. Gail dijo que su amigo estaba muy preocupado. Fowler, por lo visto, se hallaba solo y tenía ganas de desahogarse con alguien.

—En resumen, ¿qué le dijo a tu amiga?

—Bueno, verás, en lo más interesante nos interrumpió el nuevo amor de Gail y tuvimos que separarnos. Pero, si te parece, la llamaré por teléfono y...

—Lisa, creo que sería mejor que me acompañases a casa de Gail. Ella asintió:

—Sí, es lo mejor —convino—. Espérame, estaré vestida en cinco

minutos.

Lisa tardó cuatro veces más de lo anunciado, pero Chatterton se lo tomó con filosofía. Cuando terminó, salió del dormitorio y dirigió al joven una sonrisa de disculpa.

—He perdido un poco de tiempo —dijo.

—No te preocupes. Así estás más guapa —contestó él.

Lisa suspiró.

—Anda, no digas tonterías —rezongó, mientras le empujaba a la salida—. Dentro de pocos días, habrá acabado todo esto y no volveremos a vernos.

—¡Lisa!

—No me hago ilusiones, Rex. Y no quiero seguir hablando... o me echaré a llorar y estropearé el maquillaje.

Chatterton no quiso decir más. Lisa era muy atractiva, pero, y no precisamente por su pasado, no era la mujer con la que él hubiera deseado vivir el resto de sus días.

Un cuarto de hora más tarde, ella le hizo detener el coche frente a un edificio de apartamentos.

—Aquí, Rex.

Chatterton se apeó y ayudó a la joven a salir del coche. Asió su brazo y caminó junto a ella a través de la acera.

Momentos más tarde, Lisa llamaba al timbre.

—¡Qué extraño! No contesta —dijo, después de unos momentos de espera.

—Puede que no esté en casa —apuntó él.

—Rex, Gail es una luciérnaga, como yo. ¿Comprendes?

—Sí, se acuesta muy tarde...

De pronto, Lisa hizo girar el pomo.

—No está cerrado —observó.

Chatterton extendió el brazo.

—Déjame pasar —pidió.

Asomó la cabeza a través del hueco.

—¡Gail! —llamó.

—Estoy asustada —dijo Lisa.

—Yo también —confesó el joven.

Avanzó unos pasos a través del salón. Luego se detuvo ante la puerta del dormitorio.

—Pues aquí tampoco está —murmuró, desconcertado.

De pronto, sonó un agudísimo chillido:

—¡Rex...!

Chatterton corrió hacia el baño. Parada en la puerta, Lisa señalaba con mano convulsa hacia la bañera, llena de agua hasta el borde.

A través del líquido, podía verse una figura desnuda, completamente inmóvil. La cara de Gail Lynne quedaba a unos quince centímetros de la superficie.

Lisa se echó a llorar.

—Sin duda, sufrió un síncope... y murió ahogada...

Chatterton se mordió los labios. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, se quitó la chaqueta y se remangó el brazo derecho. Luego, arrodillándose junto a la bañera, metió la mano en el agua y tanteó con cuidado bajo la cabeza de la muerta.

Momentos después, buscaba una toalla para secarse.

—Lisa, llama a la policía —dijo—. Tu amiga no ha muerto de un síncope. La han asesinado.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Ase... sinada...

—Sí. Se nota claramente el bulto del golpe en la nuca. El asesino cometió un terrible error.

—¿Cuál es el error, Rex?

—Gail iba a meterse en el baño cuando fue atacada. El agua estaba caliente, lo que no impidió que se formase el chichón del golpe en su nuca. Si hubiera sido al revés, es decir, golpeada primero y luego metido su cuerpo en una bañera, que después se hubiese llenado con agua fría, ésta hubiera impedido la formación del bulto. Pero, a pesar de todo, se podrá alegar que resbaló, cayó y se golpeó ella misma contra el borde de la bañera. Es un accidente nada extraño, ¿comprendes?

De pronto, Lisa se tambaleó. Chatterton tuvo que sujetarla para impedir que cayera al suelo. Casi en brazos, la llevó a un diván de la sala, desde donde llamó a la policía.

—Lisa, no menciones las fotografías para nada cuando te pregunten —aconsejó él—. No pronuncies tampoco el nombre de Fowler.

—Sí..., pero ¿qué he de decir a los policías?

—Simplemente, que Gail te llamó, para pedirte consejo sobre un

buen detective privado, aunque no mencionó los motivos. Tú me llamaste y convinimos en venir juntos, para hablar ambos con ella. ¿Está claro?

—Desde luego..., pero ¿por qué la han asesinado?

Chatterton apretó las mandíbulas.

—Lottie, Magda, Gail... Todas ellas habían intervenido en asuntos de fotografías —dijo.

—Yo también, Rex.

El joven apreció la declaración. Sí, Lisa también..., pero no le había sucedido nada.

¿Por qué?

De pronto, se oyeron pasos cercanos.

—Ya viene la policía —dijo.

CAPÍTULO XI

El hombre asomó a la puerta del despacho.

—¿Jefe?

Ryles estaba examinando tinos libros de cuentas, en unión de MacNeil. Alzó la cabeza y miró a Caitt.

—¿Qué sucede, Peter?

—El portero me ha entregado un paquete para usted —anunció.

—¿Qué diablos...?

—No lo sé, jefe. Me lo ha dado hace un par de minutos, es todo lo que puedo decirle.

Caitt avanzó y dejó el paquete sobre la mesa. Estaba muy bien envuelto y, en la cara superior, había una etiqueta con el nombre del destinatario.

—Parecen habanos —comentó MacNeil.

—Es demasiado grueso —objetó Ryles.

—Pueden ser dos cajas —opinó Caitt.

De pronto, sonó el teléfono. Ryles hizo un gesto con la mano y MacNeil levantó el aparato.

—Residencia del señor Ryles —dijo.

—Hola, Mac —sonó una voz fresca y alegre—. ¿Han recibido mi obsequio?

—Da modo que ha sido usted...

—Yo mismo, en efecto. Bueno, puesto que lo tienen ya a mano, escuchen atentamente y oirán el «tic tac» de un reloj. En estos momentos, son las once y nueve minutos. A las once y diez en punto se producirá la explosión. A fin de cuentas, ya que compraron la dinamita, no quiero que desperdicien el dinero.

MacNeil tiró el teléfono a un lado.

—¡Es una bomba! ¡Va a estallar dentro de un minuto! —aulló.

Ryles salió disparado hacia la puerta. Caitt le alcanzó y le derribó al suelo, atropellándole sin la mejor consideración. Ryles

bramó de ira.

Cuando se incorporaba, MacNeil tropezó con él. Los dos hombres rodaron por el suelo, pero se levantaron rápidamente y escaparon hacia el jardín.

Caitt corría vertiginosamente. Ryles y su secretario le siguieron, no menos aterrados. De repente, se produjo la explosión.

La ventana saltó hecha pedazos. Una enorme nube de humo salió por el hueco. Parte del techo de la habitación superior se desplomó con gran estruendo.

Al cabo de unos momentos, Ryles recobró la serenidad suficiente para regresar a la casa. El corazón le sangró al ver su lujoso despacho convertido en una ruina.

Días antes, la cocina y otra habitación habían sufrido los efectos de un incendio que sólo con grandes esfuerzos habían logrado extinguir, antes de que se propagase al resto de la casa. Ahora, el despacho había quedado completamente destrozado e incluso una de las habitaciones del piso superior, por cuyo suelo agujereado asomaba en parte una cama, que se mantenía en equilibrio milagrosamente.

Ryles blandió el puño con furia.

—Chatterton, me las pagarás, juro que me... —De pronto, recordó algo y se volvió hacia los otros dos—. ¡Peter! ¿Quién diablos trajo el paquete con la bomba?

—Pues... —Caitt vaciló—. Yo sólo sé que Louie me al entregó...

—¡Llámallo ahora mismo! —rugió Ryles.

Caitt se marchó. Momentos después, volvía con Louie Grantland.

—¡Habla! —exigió Ryles.

Grantland se sentía muy asustado.

—Jefe, yo... ¿Cómo diablos podía imaginarme...? Vino una furgoneta de reparto y el tipo que la conducía me dio el paquete... Es todo lo que puedo decirle...

—Pero, maldito imbécil, ¿no supiste reconocer a Chatterton?

—Ah, pero ¿fue él? A mí no me lo pareció en absoluto. Llevaba un enorme bigote y gafas de color...

—Estaba disfrazado —sentenció MacNeil.

Los dientes de Ryles crujieron de rabia.

—Mac, te juro que ese maldito entrometido no vivirá mucho —dijo, en el paroxismo del furor.

Tendido sobre una loma, a cuatrocientos pasos de distancia de la casa, Chatterton se quitó los prismáticos de los ojos y miró sonriente a la muchacha que le acompañaba.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó.

—Muy espectacular —admitió Vera.

Chatterton se llevó la mano derecha al bigote postizo.

—Nunca me ha gustado llevar bigote —dijo, después de arrancárselo—. Pero en esta ocasión, era necesario.

—¿Lo cree así?

El rostro del joven se endureció.

—No debí haberle avisado —dijo.

—Rex, usted no es un asesino.

—Por eso le avisé. Pero, de todos modos, siento que no hubiera más que dos cartuchos de dinamita. Me hubiera gustado ver volar la casa entera por los aires.

—¡Sádico! —le apostrofó ella, un tanto burlonamente.

—Vera, anteayer vi a una mujer muerta en el baño —contestó él con acento sombrío—. Y no es la primera, ¿recuerda?

Ella asintió, muy seria.

—Lo sé. La lista empieza con mi hermana Lottie —dijo—. Pero, si tres mujeres han muerto, ¿por qué Lisa Johns sigue viva?

—Eso es lo que me preocupa —respondió él—. De todos modos, le he aconsejado que abandone la ciudad por una temporada.

—Quizá es cómplice del asesino...

—¡No lo creo!, pero, de todos modos, si está fuera de la ciudad, las cosas podrán aclararse con más facilidad.

—¿Ha seguido Lisa su consejo?

—Sí, claro, por supuesto.

Chatterton se puso en pie. La furgoneta de reparto estaba al pie de la loma, en un camino secundario.

—Lo que no entiendo es cómo pudo recibir Ryles el aviso telefónico, si no hay ninguna cabina por estos parajes —dijo Vera.

—Tengo un teléfono automático, que puede hacerse funcionar por relojería —explicó él—. Calculé los tiempos y dejé grabado el mensaje, eso es todo.

—¿Y ahora?

—Devolveré la furgoneta alquilada. Luego, usted se mudará de vivienda.

—¿Por qué?

—Es hermana de Lottie. No quiero que le suceda nada.

—Sí, pero ¿adónde ir?

—Lottie tenía aún alquilado el departamento de la calle Mainwer. Vaya allí y aguarde todo el tiempo que sea preciso hasta que yo la llame.

—Me gustaría saber qué va a hacer usted mientras tanto.

—No puedo darle una respuesta. Ni yo mismo lo sé.

—Quizá vaya a entrevistarse de nuevo con la casquivana y madura señora Endicott —dijo Vera, maliciosamente.

—Tal vez, pero no creo que a usted le importen mucho mis actividades estrictamente privadas. Lo que le interesan son los resultados, ¿no?

—Si lo mira bajo ese punto de vista...

—No puedo mirarlo de otra forma —contestó él, secamente—. Vámonos, no tengo ganas de que Ryles y sus esbirros salgan a explorar los alrededores. No parece probable, pero es una eventualidad contra la que debemos estar prevenidos.

—Huyendo —dijo la chica, sarcásticamente.

—Una retirada a tiempo equivale muchas veces a la victoria. Y deje de sentir preocupación y malhumor por lo que voy a hacer mientras usted aguarda en la casa de la calle Mainwer —concluyó Chatterton con tajante acento.

Una atildada secretaria, discreta y eficiente, muy distinta del tipo que Chatterton había visto en otras antesalas, coquetas e insinuantes, introdujo al joven en el despacho de Clay K. Fowler. La puerta se cerró inmediatamente y los dos hombres quedaron a solas.

—He oído hablar de usted —dijo Fowler, tras los primeros saludos—. ¿Un cigarro? —ofreció una caja llena de habanos.

—No, gracias. Fumaré cigarrillos, si no tiene inconveniente.

—A su gusto. Le invitaría a beber, pero no me gusta tener licores en el lugar donde trabajo. Tal vez sea una actitud anticuada...

—Me parece muy bien —aprobó el visitante—. Señor Fowler, deseo hacerle algunas preguntas. Si acepta el interrogatorio, quiero que sepa de antemano que tales preguntas serán crudas, directas, sin rodeos. ¿Está bien claro?

Fowler y el joven se contemplaron en silencio durante unos segundos. Chatterton apreció que su interlocutor era un hombre

íntegro, sincero y poco dado a dobleces. Pero, como todo ser humano, también tenía sus debilidades.

—Adelante —dijo Fowler, tras breve pestañeo.

—Se trata de Gail Lynnes.

—Fuimos amantes durante una temporada. No tengo por qué ocultarlo.

—Ha muerto, le supongo enterado de ello.

—Sí. Una lástima. Era una chica muy guapa. Aunque, al final, me jugó una mala pasada.

—Fotografías.

—¿Cómo lo sabe? —las cejas de Fowler se arquearon—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Usted tiene una importante fábrica de herramientas de alta precisión.

Fowler meneó la cabeza.

—Ya no me pertenece —contestó—. He tenido que ceder la mayoría de las acciones.

—Quizá a un precio ridículo, ¿no es así?

Los puños de Fowler se crisparon.

—He sido objeto de un chantaje inmundito —masculló—. Alguien ha empleado aquellas viejas fotografías...

—No tan viejas; sólo datan de tres años, a lo sumo.

—El resultado ha sido el mismo. He tenido que claudicar.

—¿Está usted casado?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿No se ha atrevido a confesar la verdad a su esposa?

—Lo sabe y me perdonó. No he vuelto a serle infiel —declaró Fowler.

—Le felicito. Pero si su esposa, que es la única que podría protestar, sabe lo que hubo entre usted y Gail, ¿por qué ha claudicado en la cesión de las acciones?

—¿Es que no se siente capaz de imaginárselo?

—Sinceramente, no —declaró Chatterton.

—Hace tres años, creí que se habría acabado el chantaje, cuando pagué las cifras que me pidieron y me devolvieron los negativos. Nunca supuse que pudiera haber más copias de aquellas fotografías.

—Pagar a un chantajista es lo peor que sé puede hacer en este mundo —dijo el visitante con aire sentencioso—. Si se trata de

cartas, cabe la posibilidad de que haya obtenido fotocopias. Si son fotografías, los negativos pueden proporcionar multitud de copias... Incluso se pueden conseguir reproducciones a base de los positivos. Usted debiera saberlo.

—Sí, pero creí el asunto cancelado. Y tres años después, cuando me propusieron la cesión de las acciones, supe que aún había otras copias de aquellas fotografías. Por eso he tenido que ceder.

—Sigo sin entender...

—Pero ¿es que no lo comprende? Si no cedo mi negocio, la Policía recibirá esas fotografías y todo el mundo creerá que maté a Gail para recobrarlas y evitar que siguiera extorsionándose.

Aquella respuesta de Fowler, de una brutal sinceridad, hizo que la luz llegase al cerebro de Chatterton.

CAPÍTULO XII

Estaba en su casa, sentado en un diván, con la luz apagada, sumido en profundas meditaciones, cuando, de repente, sonó el teléfono.

Chatterton tardó algunos segundos en contestar. La voz de la muchacha sonó excitadamente al otro lado del hilo:

—¡Rex! ¡Lo tengo, lo he encontrado!

—¿Cómo? ¿Qué...? —dijo Chatterton, todavía con la mente en otros lugares.

—¡Los documentos de Lottie! Estaban aquí, en su casa de la calle Mainwer. ¡Oh, Dios mío, qué tontos hemos sido! Ella me dijo que los guardaba en su departamento, pero yo siempre pensé en el de Bellevue Park y no en el de la calle Mainwer...

Chatterton reaccionó de inmediato.

—Tiene usted muchísima razón —dijo—. Yo también debí haber pensado en esa casa. Vera, siga ahí, no se mueva para nada. ¿Comprendido?

—Sí, pero venga pronto, se lo ruego.

—Iré ahora mismo.

El teléfono volvió a su sitio. Chatterton encendió la luz y se puso la chaqueta. Momentos más tarde, salía de su cesa a toda velocidad.

Diez minutos después, se reunía con la muchacha. Tremendamente excitada, Vera le enseñó una serie de hojas de papel, en las que había infinidad de anotaciones de nombres, direcciones y sumas pagadas.

—Esto es una bomba —dijo Vera—. Aquí figura basta el nombre de Beal el fiscal que le acusó a usted.

—De todas formas, no es lo más importante de todo —observó él.

—¿Cómo? Pero si aquí hay para llevar a la cárcel...

—Habrá un buen escándalo, si se quiere, pero no creo que nadie

acabe en una celda. Claro que Beal tendrá que dimitir, que más de un policía será expulsado; algunos personajes prominentes quedarán expuestos a la vergüenza pública..., pero lo principal, los asesinatos, quedarán impunes.

Desanimada, Vera se sentó en una silla, con las rodillas muy juntas y los papeles en la mano.

—Entonces, ¿no hemos conseguido nada?

—Bueno, tanto como eso... Lo que sucede es que las anotaciones de Lottie se refieren a personas que fueron extorsionadas por medio de las fotografías. En un principio, se trataba simplemente de sacarles dinero. Pero luego la cosa se complicó... porque había tomado un volumen infinitamente superior al calculado.

—No entiendo lo que quiere decir...

—Mire, muchacha, aquí se habla de decenas de miles, a lo sumo, un par de cientos de miles. Pero el asunto ha tomado luego una envergadura de muchos millones... y por millones sí merecía la pena matar.

—De todos modos, aún sigo sin comprender —dijo Vera, desconcertada.

Chatterton reflexionó unos momentos. Luego, de pronto, sacó su agenda de direcciones, consultó una página y, a continuación, marcó un número telefónico.

Ella le contemplaba expectantemente. A los pocos segundos, le oyó decir:

—¿Ryles? Soy Chatterton. Escuche, hace tiempo, usted me ofreció la guerra o la paz, per mediación de MacNeil. Bien, me gustaría hablar con usted del asunto, para dejarlo solucionado de una vez.

—No tengo ningún inconveniente —respondió Ryles—. ¿Cuándo?

—¿Qué le parece mañana, a las doce, en su propio despacho?

—Encantado. Hasta mañana.

Chatterton marcó otro número a continuación. Solicitó una entrevista y le fue concedida, aunque a regañadientes. Al terminar, se volvió hacia la muchacha.

—Espéreme —dijo.

Vera se puso en pie.

—No sé adónde va, pero quiero acompañarle. Y si me lo

prohíbe, le seguiré...

Chatterton sonrió, a la vez que la agarraba por la mano.

—La verdad es que lo dije por pura fórmula —manifestó—. Vamos.

Una atildada doncella abrió la puerta y escrutó a la pareja que se hallaba en el umbral. Después de oír la petición de Chatterton, les hizo pasar al vestíbulo, en el que aguardaron unos minutos, antes de ser introducidos en un vasto salón, decorado con gran lujo.

Endicott aguardaba en pie, junto a una enorme chimenea, apagada en aquellos momentos. Al ver a la muchacha, arqueó las cejas.

—Creí que iba a venir solo —dijo.

—Ella es también parte interesada en el asunto —declaró el joven.

—Mi hermana Lottie murió asesinada...

—Señorita, yo no tuve que ver nada con ese crimen. Ni con ningún otro, por supuesto —dijo Endicott secamente—. Si ese detestable individuo que tiene al lado le ha contado alguna fábula, es una mentira, aparte de que no puedo evitar los resultados de cierta imaginación desbocada.

—No hay fábulas, sino hechos concretos, entre ellos, las muertes de tres mujeres que, en ocasiones, aparecían en fotografías comprometedoras, junto a distinguidos hombres de negocios, uno de los cuales era usted.

—Sí, me hicieron chantaje, pero pagué y se acabó.

—Entonces, tal vez lo pensó así, pero usted es hombre al que no se le puede hacer daño impunemente. Señor Endicott, yo sospecho que usted cedió en un principio, pero con la idea de vengarse algún día. Y ese día llegó cuando decidió ampliar y aumentar su poder económico.

Tranquilamente, sin mostrar la menor emoción, Endicott se sirvió una copa.

—Apostaría algo —continuó el joven—, a que su esposa entró también a formar parte del plan, sobre todo cuando tuvo aquel devaneo con el «Bello» Paul, quien entre otras cosas, era el encargado de preparar las habitaciones donde se concertaban las entrevistas discretas de hombres de negocios con mujeres hermosas, sin que ellos supieran que había cámaras ocultas. A su esposa

también la pillaron una vez en esa situación y usted, cuando tuvo que pagar el chantaje, decidió que tenía otro motivo más para llegar al logro de sus fines.

—Siga, siga... —dijo Endicott, cáustico—. Todo eso es muy interesante.

—Al mismo tiempo, se alió con Ryles, a causa de los conocimientos que éste tenía y porque Ryles había sido el iniciador del asunto. Pero Ryles, en cierto modo, era más modesto; él sólo pretendía conseguir cien o doscientos mil dólares con sus chantajes, en tanto que usted aspiraba a Una suma acaso cien veces mayor. Ahora bien, Ryles dejó que su hermano Randolph cometiera una pifia espantosa, cuando quiso extorsionar a la señora Endicott por su cuenta. También apostaría algo bueno a que aprovechó la Ocasión para someter a Ryles y obligarle a hacer cosas que éste, de otro modo, no hubiera hecho jamás.

—¿Gomo lo sabe usted? —preguntó Endicott, sonriendo.

—Es muy probable que Lottie Crain le hablase de los documentos que tenía escondidos y que se referían, exclusivamente a actividades de Ryles. Éste sabía que usted y Lottie habían sido amantes y debió de creer que ella le había entregado los documentos. Por eso obedecía sus órdenes... tales como eliminar a Lottie, muerta por uno de los hombres de Ryles, pero haberlo dispuesto usted, ya que así ella no podría decir que no le había entregado los documentos. Si Ryles hubiera sabido que usted no los tenía, no le habría obedecido ciegamente.

—Es probable que sea así, pero, en todo caso, ¿qué relación tiene este asunto, un vulgar caso de chantaje, con unos asesinatos?

—Más de lo que usted quiere dar a entender. La realidad es que usted no poseía esos documentos y por eso los buscaba desesperadamente. Un día, tal vez, Ryles podía rebelarse y no le convenía. ¿Fue su esposa la que revolió el piso de Lottie?

Endicott se puso rígido.

—Usted fue a buscarla, debido a su tardanza, pero ella ya no estaba allí. Y el trabajo que se tomó la señora Endicott fue en vano; no consiguió nada... pero usted podía seguir adelante con sus planes. Tal vez un día se desharía de Ryles... como se deshizo del «Bello» Paul, atravesándole el pecho con su bastón ferrado. Por cierto, el bastón parecía de excursionista, pero, en realidad, había

una daga escondida en la caña. El arma salía impulsada por un resorte que se accionaba desde el puño. Un sucio truco que Paul había empleado más de una vez para amenazar a sus víctimas... y que, al fin, se volvió contra él, cuando usted, furioso por no haber podido obtener fotografías comprometedoras de la señorita Crain, le mató, para que no hablase.

—¿Ah, fui yo? —dijo Endicott sardónicamente.

—Sí, y también mató a Magda Brook y a Gail Lynne. Esas chicas no le habían hecho nada, salvo que usted poseía fotografías de ellas con Wallace y Fowler. Quería hacerse el dueño de esas dos poderosas empresas, pero con unas fotografías simplemente no podía conseguirlo. Ahora bien, si morían esas dos chicas, Wallace y Fowler podían ser acusadas de los crímenes, cometidos al intentar recobrar las fotografías, que usted hubiera enviado a la Policía, caso de que ellos se hubiesen negado a cederle sus negocios por una suma ridícula. Magda y Gail no eran un peligro para nadie, pero tenían que morir, para que usted consiguiera sus propósitos. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, sólo que no podrá probarlo —contestó Endicott con enorme frialdad.

—Además, no lo repetirá a nadie —dijo de súbito Edna, apareciendo en la puerta con un revólver niquelado en su mano derecha.

Vera lanzó un pequeño grito. Chatterton volvió la cabeza ligeramente.

—Otra muerte no resolverá sus problemas, Edna —dijo—. Todo cuanto he dicho está escrito y en el correo, rumbo a la oficina del teniente Edgson.

Edna se turbó considerablemente.

—¡William! ¿Has oído? —gritó.

—Calla, estúpida —dijo Endicott malhumoradamente—. Todo lo que ha dicho este entrometido es una enorme mentira. Me refiero a la carta destinada al teniente Edgson, claro. En cuanto a lo otro... Oiga, Chatterton, podernos arreglarnos. Fui un tonto al enviarle a Ryles con veinticinco mil dólares...

—En la segunda ocasión me ofreció sólo diez mil —sonrió el joven.

—¡Bandido! —rezongó Endicott—. Le ajustaré las cuentas muy

pronto... A usted le ofrezco cien mil, en el acto, Chatterton. Y a la chica otro tanto...

—Ah, entonces teme que se descubra el pastel.

—No sea tonto. Tendría problemas, pero acabaría libre finalmente. Lo que sucede es que quiero evitar esos problemas. Bien, ¿aceptan?

—Yo, no —exclamó Vera tajantemente—. Me parecería aceptar el precio de la sangre de mi hermana...

—No sea estúpida. Lottie está muerta y nada puede ya volverla a la vida. Tome ese dinero y márchese de Heaven Falls.

—¡No! ¡No aceptaré!

—Entonces, lo siento, pero ninguno de los dos saldrán vivos de esta casa. Dame la pistola, Edna.

Endicott se acercó a su esposa. En el momento en que el arma cambiaba de manos, sonó una exclamación:

—¡Tire ese revólver!

Sobresaltado, Endicott se volvió y disparó una vez. A pocos pasos de distancia, Ryles hizo fuego con su pistola.

Endicott gritó, se tambaleó y cayó de bruces al suelo. Ryles se quedó atónito un segundo.

De pronto, Edna pareció enloquecer. Chillando desesperadamente, se arrojó sobre el revólver que su esposo había dejado caer al suelo y se irguió de nuevo, apuntando hacia Ryles con el arma. Ryles, por un movimiento reflejo, instintivo, disparó de nuevo.

Edna soltó el arma y se llevó ambas manos al pecho. Ryles parecía aturdido, incapaz de reaccionar. Chatterton aprovechó la ocasión para saltar sobre él y desarmarle, con un fuerte golpe del canto de su mano sobre la muñeca.

Luego disparó el puño derecho. Ryles se derrumbó en el acto.

Vera contemplaba la escena con ojos aterrados. Chatterton se acercó al teléfono y marcó el número de la Policía.

Chatterton se apoyó en la jamba de la puerta. Vera estaba inclinada sobre la cama, encima de la cual se veía una maleta abierta.

—Te marchas —dijo él.

Vera se irguió y le miró fijamente.

—Tengo que volver a mi trabajo —contestó.

—Ya, es lógico.

—Te enviaré una postal desde Chicago.

—Bueno, muchas gracias. ¿Has leído los periódicos estos días?

—Sí. Ryles, su pandilla y otros muchos van a tener graves problemas con la ley, sobre todo, Ryles.

—Es lógico, puesto que cometió dos homicidios.

Vera frunció el ceño.

—Pero no comprendo —dijo—. ¿Cómo pudo aparecer...?

—¿Ya no te acuerdas que nos paramos antes de llegar a casa de Endicott, y que yo hice una llamada telefónica desde una cabina pública?

—Oh, llamaste a Ryles...

—Sí. Imité la voz de Endicott y le hice que acudiera inmediatamente. Ryles «picó», como había supuesto.

—Entonces, tú sabías...

—Vera, yo me imaginaba que Ryles se pondría muy furioso y que reaccionaría de tal manera, que se metería en un buen lío. No pensé que pudiera matar a Endicott... pero Ryles era hombre poco habituado a situaciones críticas y perdió la cabeza. Ryles es de la clase de tipos que pueden ordenar se cometa un asesinato. Sin embargo, cuando se encontró frente a un arma de fuego, no supo reaccionar como lo hubiera hecho un profesional de la pistola, perdió los nervios y...

—Comprendo. ¿Fue él quien mató a Robbins?

—No lo creo. Debió de ordenarlo a alguno de sus esbirros. Tal vez Shaftee o Caitt.

—Pero ¿por qué lo mató?

—Es muy simple: Robbins no disparó un tiro a la cabeza de Magda, como en el caso de tu hermana. Por tanto, Ryles quiso curarse en salud.

—Ya entiendo. Y también comprendo ahora por qué Welles sabía tantas cosas de mí.

—Se lo diría Endicott, seguro. ¿Vuelves a tu agencia de publicidad?

—Sí, es un buen empleo. No me gustaría dejarlo.

—He estado hablando con Wallace y Fowler. Los asuntos se les han solucionado muy satisfactoriamente. De nuevo son los dueños de sus negocios.

—Habrá que felicitarles —sonrió ella—. Y a ti también.

—Son unos tipos muy simpáticos. Y generosos —dijo Chatterton significativamente.

Vera se inclinó, cerró la maleta y tomó un abrigo de entretiempo que tenía sobre una Silla, junto con su bolso. Chatterton se acercó a ella y se apoderó de la maleta.

—Mi equipaje está en el coche —manifestó.

—¿Qué quieres decir? —exclamó ella.

—Es bien sencillo: no quiero continuar más en Heaven Falls. Ni quiero seguir en el oficio. Desempolvaré el diploma y ejerceré la abogacía en Chicago.

—Oh...

—Tengo algún dinero ahorrado y las recompensas otorgadas por Wallace y Fowler pasan de los treinta mil dólares. Creo que podré invitarte a cenar una vez por semana.

—Quizá cenemos con más frecuencia —dijo.

—Si la simpatía mutua no se disipa, puede que acabemos cenando a diario juntos... en nuestra casa —vaticinó Chatterton.

—Creo que así será —convino ella.

FIN

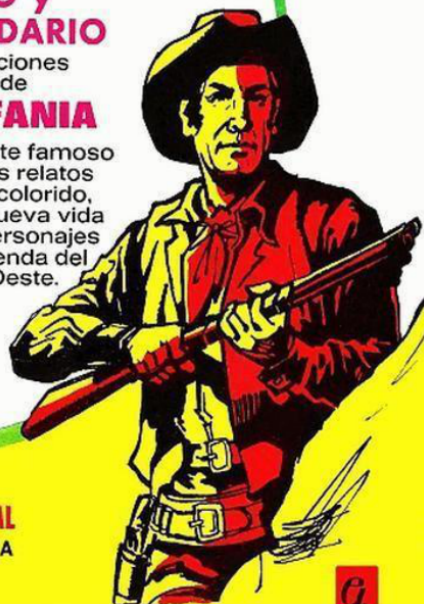
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

